

Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

CRÓNICAS DE MIGRANTES HAITIANOS:

Chile, ¿país de oportunidades?

PAULA ANDREA LEPE MALDONADO

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Crónica

PROFESORA GUÍA: XIMENA ANDREA PÓO FIGUEROA

SANTIAGO DE CHILE

NOVIEMBRE 2018

ÍNDICE

PRÓLOGO	4
CAPÍTULO 1: ANTECEDENTES DE LA INMIGRACIÓN HAITIANA EN CHILE	6
HAITÍ ANTES DE HAITÍ	6
LA REVOLUCIÓN OLVIDADA.....	9
LOS CASCOS AZULES LLEGAN A HAITÍ.....	11
MIGRACIÓN HAITIANA EN CHILE.....	13
PERCEPCIÓN Y CONVIVENCIA	15
CAPÍTULO 2: EXPERIENCIAS DESDE LA EDUCACIÓN Y LA MÚSICA	17
YVENET: PUENTE ENTRE IDIOMAS	17
CALEB: SUEÑO DE LA INCLUSIÓN.....	20
PERCE BLACK PEAT: VERDADES SOBRE LA VIDA EXTRANJERA.....	23
CAPÍTULO 3: MATERNIDAD Y FEMINISMO MIGRANTE	26
“¿NO SE SUPONE QUE ACÁ HABLAN ESPAÑOL?”	26
LLORAR DE FRÍO.....	27
DESCUBRIENDO EL COLOR.....	29
SER MAMÁ EN CHILE ES CASTIGADO”	30
FEMINISMO MIGRANTE.....	31
CAPÍTULO 4: NIÑAS HAITIANAS EN EL VALLE DEL ACONCAGUA	33
EL LICEO DE NIÑAS	33
PRIMEROS DÍAS DE CLASES.....	34

DIFICULTADES Y OPORTUNIDADES	35
LA PENA DE LAS NIÑAS	37
CAPÍTULO 5: OBREROS HAITIANOS EN SAN BERNARDO	39
EXPERIENCIA EN TECNOTAMBORES.....	39
VEDERSON Y JOSUE.....	40
LA PÉRDIDA DE HERODE GESSE.....	41
CAPÍTULO 6: ¿RACISMO O APOROFOBIA?	44
DISCRIMINACIÓN EN EL TRANSANTIAGO	44
RACISMO EN EL METRO DE SANTIAGO	45
APOROFOBIA: “EL CHILENO LE TIENE MIEDO A LA POBREZA”	46
ADIÓS HAITÍ: RECHAZO EN LA COMUNIDAD HAITIANA	47
ABANDONO	48
CAPÍTULO 7:PLAN RETORNO	50
SE GESTA EL PLAN RETORNO	50
“ESTABAN DESESPERADOS POR DESHACERSE DE NOSOTROS”	51
DISPUTA EN LA COMUNIDAD	53
LEY DE MIGRACIÓN	54
EPÍLOGO	56
BIBLIOGRAFÍA	58
ANEXOS.....	61

PRÓLOGO

La presente memoria tiene como objetivo principal plasmar diferentes historias de migrantes haitianos en su experiencia viviendo, trabajando y educándose en Chile, porque aunque de la migración haitiana parecemos saber mucho, nuestro conocimiento proviene, principalmente, de los medios de comunicación, y son pocas las oportunidades que tenemos -que nos damos- de escucharlos a ellos, los protagonistas de este capítulo en la historia social de Chile. ¿Cuáles son sus verdaderos miedos, esperanzas y frustraciones?

La motivación de este trabajo surgió a partir de la observación de hechos de discriminación en espacios públicos, especialmente en medios de transporte. Como estudiantes y profesionales, es donde con mayor frecuencia nos encontramos con los migrantes. A partir de ahí surgió la inquietud de conocer qué es lo que piensan y sienten ellos cuando se ven enfrentados a nuestro racismo, clasismo y aporofobia.

La llegada de migrantes haitianos al país ha sacado a la luz una de nuestras peores caras, y es lo que ha quedado se ha hecho patente con el reciente Plan de Retorno Humanitario, conocido mediáticamente como “Plan Retorno”. Aunque formalmente está orientada a migrantes de todas las nacionalidades, la iniciativa puesta en marcha por el Gobierno de Sebastián Piñera en noviembre de 2018 fue accionada con la intención manifiesta de movilizar a ciudadanos haitianos fuera de Chile, usando como excusa la inquietud de muchos de ellos respecto a la traba de la regularización extraordinaria en cuanto a la opción de trabajar.

En los siguientes párrafos son los mismos migrantes quienes hablan no sólo de sus experiencias en Chile, sino también, de su percepción respecto al plan del Ejecutivo, en el que identifican una urgencia del Estado chileno por deshacerse de ellos.

Para la narración de sus historias hablé con mujeres, hombres y niñas de origen haitiano viviendo en Chile. También entrevisté a haitianos que participan de instancias institucionales, como agrupaciones de migrantes, o que trabajan para distintas municipalidades. Durante los últimos meses asistí a escuelas, misas, visité sus hogares y escuché sus historias y sus versiones.

Cuando presenté el proyecto de memoria en 2017, la llegada de migrantes haitianos a Chile se encontraba en su punto más alto. Mientras escribo estas líneas, el capítulo parece estar llegando a su fin, pero los desafíos siguen siendo los mismos, porque hemos recuelto muy pocos de ellos: aceptar la posibilidad de que lo nuevo y lo distinto nos puede hacer crecer.

Las siguientes historias corresponden a las de Yvenet Dorsainvil, Caleb Edmond, Ernst Yngugnack, Rose Cafay, Herode Gesse, Vederson Bolivar, Josue Philemon y un grupo de niñas que estudian en el Liceo Corina Urbina de San Felipe. Ellos representan la fuerza trabajadora, intelectual y estudiantil. En su mayoría son hombres, dado que la migración haitiana en Chile es preponderantemente masculina. De todas formas, está incluida la visión femenina no sólo en el capítulo de Rose, sino también en aquel que retrata la vida de las menores en el colegio.

CAPÍTULO 1: ANTECEDENTES DE LA INMIGRACIÓN HAITIANA EN CHILE

Haití antes de Haití

Cristóbal Colón tocó tierra haitiana el 5 de diciembre de 1492, durante su primer viaje involuntario a América siguiendo la ruta que, pensaba, lo llevaría hasta la India. Maravillado por su geografía y habiendo encontrado semejanzas con algunas regiones de España, llamó a toda la isla -compuesta actualmente por Haití y República Dominicana- “La Española”. En su diario la describió como “la cosa más hermosa del mundo”.

Los indígenas taínos que habitaban la isla le decían *Ayti*: tierra montañosa. A ojos de Colón se trataba de un pueblo pacífico. Fueron unos de los primeros nativos americanos con quienes los españoles establecieron una relación de intercambio, obnubilados por la promesa de oro.

El 26 de diciembre, en lo que actualmente es el Cabo Haitiano, Colón construyó, con la ayuda de los taínos, un fuerte usando los restos de la Santa María, embarcación que había naufragado dos días antes, en vísperas de Nochebuena. Juntos levantaron el primer asentamiento de los conquistadores en el nuevo mundo, al que los españoles llamaron Navidad. Sin embargo, los indígenas no eran tan mansos como Colón pensaba. Cuando regresó al año siguiente, encontró el fuerte quemado y a sus compañeros de viaje asesinados.

Gracias a la explotación de los nativos La Española se convirtió en el centro administrativo, militar y económico colonial de España. El dominio español fue implacable y en poco tiempo llevó al exterminio de la población indígena. Para el año en que llegó Colón se estimaba una presencia de 250 mil nativos en la isla, mientras que para 1517 sólo quedaban 14 mil. Los trabajos forzados, las enfermedades traídas desde Europa y las torturas acabaron por completo con los indígenas originarios para 1540. Los españoles intentaron llevar esclavos desde otras islas, pero el esfuerzo fue inútil: los nativos se rehusaban a la esclavitud.

Así fue como comenzó la importación de esclavos africanos para trabajar en las plantaciones de azúcar. Un censo de 1574 en las Antillas Mayores indicaba una presencia de mil españoles en la isla, versus 12 mil esclavos africanos. Su esperanza de vida promedio era de 20 años.

La sed de oro de los colonos españoles no se aplacaba con los fructíferos cultivos. Progresivamente abandonaron la parte occidental de la isla para embarcarse en misiones más prometedoras, como el Dorado en Perú.

Los piratas franceses se aprovecharon de la retirada y asediaron la zona con invasiones y saqueos, hasta que en 1697 firmaron el tratado de Ryswick, a través del cual los españoles cedieron oficialmente a los franceses la parte occidental de la isla.

Cuando desembarcaron los colonos, la región pasó a llamarse Saint Domingue. Los nuevos ocupantes encontraron un problema que ya habían tenido que enfrentar los españoles: la escasez de mano de obra. Alrededor de 1660 comenzaron a importar esclavos africanos, y llevaron tan lejos su empresa que Saint Domingue se convirtió en una de las colonias con mayor cantidad de población cautiva en América. A comienzos de 1700 los esclavos representaban casi el 90% de la población colonial.

El viaje comenzaba en los buques que zarpaban desde África, donde atemorizados y rebeldes, algunos optaban por lanzarse al océano con tal de evadir el destino impuesto por sus captores. Los esclavos que lograban soportar el eterno y tortuoso viaje en barco desde África hasta el nuevo continente eran vendidos a un amo francés y marcados con hierro caliente. El trabajo en las plantaciones lo realizaban bajo el azote del látigo y controlados por cadenas y collares de ahorque. A veces incluso debían soportar la sal que sus torturadores ponían en sus heridas para incrementar el horror del castigo.

Para fines de la década del '80 la "perla de la corona" francesa contaba con alrededor de 789 plantaciones de algodón, 3.100 de café, 3.100 de índigo, 673 de víveres y casi 800 ingenios de azúcar con una mano de obra de más de 480 mil esclavos.

El área más próspera de Saint Domingue era la zona norte, con Cabo Francés como su capital. En su puerto se divisaban barcos traficando esclavos, materias primas y manufacturas. Sus habitantes se sentían superiores al resto de los franceses de la isla porque tenían el privilegio de

pasar sus días en la París del Caribe, una ciudad que emulaba las mejores urbes europeas, con salones, teatros y los burdeles con la mejor reputación.

En la época de la colonia Saint Domingue vivía una fuerte segregación racial. Los últimos en la cadena eran los esclavos, quienes trabajaban 14 horas al día, seis días a la semana -salvo los domingos por el credo católico de sus amos- con el golpe del látigo como recordatorio de su condición no humana. Porque, como diría Montesquieu en *El espíritu de las leyes* (1784), resultaba “impensable que Dios, que es un ser muy sabio, haya puesto un alma, y sobre todo un alma buena, en un cuerpo enteramente negro”.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII el mejor azúcar del mundo era extraído de las tierras de Haití, y representaba cerca de la mitad del azúcar mundial. La riqueza que significó dicha colonia para Francia le valió el apodo de “la perla de las Antillas”. El negocio era totalmente rentable, sólo una parte cojeaba. Para los colonos franceses el azúcar se hacía demasiado caro si no trabajaban los esclavos en su producción¹.

La mayoría de los esclavos trabajaba cultivando la tierra en las plantaciones, dispuestos en grupos de 200. Sin embargo, existía un pequeño grupo que vivía en la casa de sus amos, dedicados a tareas domésticas o de índole comercial. Separados, intentaban resistir los esfuerzos de los franceses por dividirlos, los que consistían en mantenerlos alejados de sus familiares y compañeros de etnia.

En 1685 el rey Luis XIV promulgó el “Code Noir”, que resultó en una serie de prohibiciones para los esclavos, mientras que dictaba los más duros castigos para su eventual desobediencia: azotes, mutilaciones de orejas o extremidades y marcas de fuego. Y aunque estipulaba que el amo debía alimentar, vestir y cuidar de sus esclavos, incluso en la vejez y la enfermedad, la indicación habitualmente era ignorada o suplida por la entrega de una pequeña porción de tierra que el esclavo debía explotar en su escasísimo tiempo libre.

Como elementos catárticos e identitarios nacieron el creole y el vudú, ambos de uso exclusivo de los esclavos negros. El creole surgió a partir de la mezcla del idioma francés con otras lenguas africanas. Asimismo, el vudú reunía elementos del cristianismo y otras religiones y creencias

¹ Montesquieu (1748).

africanas, que se expresaban en rituales y funcionaba como gasolina para las ideas libertarias. “Un tambor podía significar, en ciertos casos, algo más que una piel de chivo tensa sobre un tronco ahuecado. Los esclavos tenían pues, una religión secreta que los alentaba y solidarizaba en sus rebeldías”, diría Alejo Carpentier en *El reino de este mundo* (1949).

A modo de resistencia los esclavos practicaban el cimarronaje, que se plasmaba ya sea en acciones individuales como abortos, envenenamientos de animales o amos, prácticas de vudú, entre otros; o en acciones colectivas a partir de la formación de grupos de esclavos fugitivos que se atrincheraban en las montañas y atacaban a sus antiguos amos y sus plantaciones.

Pese a todas las expresiones de descontento y rebeldía, los colonos franceses se limitaban a controlar los levantamientos individuales y continuaban asegurando en sus cartas: “Nuestros negros no se mueven ... Ni siquiera lo piensan. Son muy tranquilos y obedientes. Es imposible que se rebelen”².

La revolución olvidada

La noche del 14 de agosto de 1791 algo cambió en Saint Domingue. Envueltos en el escudo que les proporcionaba la lluvia, algunos esclavos negros de la parte norte de la isla se reunieron de manera clandestina en un bosque apartado en Bois Caiman, cubiertos en lodo y temblando, con toda la ropa empapada.

Se habían enterado de un nuevo documento que ofrecía garantías y hablaba de libertad universal. Había nacido en el seno de la revolución francesa con el título de Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Decepcionados y molestos comenzaron la reunión. Ellos no formaban parte de ese universal.

Quien presidía la ceremonia era el también esclavo y sacerdote jamaiquino de vudú Dutty Boukman, asistido por la sacerdotisa Cecile Fatiman.

² Citado por Roger Dorsinville en Toussaint Louverture ou La vocation de la Liberté, Julliard, París, 1965.

“El dios del hombre blanco lo llama a cometer crímenes; nuestro dios sólo pide obras buenas de nosotros. ¡Pero este dios que es bueno ordena venganza! Él dirigirá nuestras manos, él nos ayudará”, arengó el jamaiquino a los delegados presentes, y en medio de gritos de aprobación de sus compañeros, sentenció: “Tiren la imagen del dios de los blancos que tiene sed de nuestras lágrimas y escuchen la voz de la libertad que habla en el corazón de todos nosotros”.

La sacerdotisa invocó a los espíritus ancestrales para pedir su protección en la batalla que estaba por venir, y para concluir el ritual sacrificó a un cerdo negro que ofreció a esos mismos espíritus. Uno a uno los delegados desfilaron hacia delante y untaron sus labios con la sangre del animal. Esa noche juraron vivir libres o morir.

Dos semanas más tarde cumplieron con lo ordenado, incendiando los cultivos de sus amos y envenenando los pozos de agua. El fuego se extendió por los campos y arrasó con 200 plantaciones de azúcar y 1800 de café. Pese a que los franceses reaccionaron reprimiendo violentamente a los esclavos y sus prácticas religiosas, la rebelión había comenzado. Cerca de mil blancos murieron en ese levantamiento.

Al año siguiente otros tres líderes adheridos a la lucha escribieron en la “Carta a la Asamblea General de Jean François, Biassou y Belair Toussaint, julio 1792”:

Nosotros somos negros, es verdad, pero díganos caballeros, ustedes que son sabios, ¿cuál es la ley que dice que el hombre negro debe pertenecer al hombre blanco? Definitivamente ustedes no podrán mostrarnos dónde ella existe, si no es en otro lugar que su imaginación, siempre propensa a crear nuevas fantasías con tal de que los favorezcan.

Demandaban la abolición de la esclavitud y el regreso a las plantaciones por un salario justo. A cambio prometían la paz.

Pasaron trece largos y sangrientos años desde aquella noche en la espesura de Bois Caiman hasta la declaración de independencia en 1804. Más de una década de asedios y desencuentros bajo el mando del líder de la revolución, Toussaint-Louverture.

El 1 de enero de 1804 Saint Domingue proclamó su independencia y pasó a llamarse Haití y el 16 de junio de 1805 promulgó la Constitución Imperial de Haití. A través de ella se declaró abolida la esclavitud y se prohibió a todo blanco pisar el territorio en calidad de propietario. La

Constitución también rezaba: “Todos los ciudadanos, de aquí en adelante, serán conocidos por la denominación genérica de negros”

Los cascos azules llegan a Haití

Haití fue el primer país en abolir la esclavitud. Inglaterra le siguió tres años después.

Junto con su independencia, Haití heredó una tierra quemada por la guerra, agotada por las plantaciones de azúcar y endeudada con su antigua metrópoli. Francia le impuso una reparación por el daño de la revolución que al nuevo país le tomó más de un siglo pagar: 50 millones de francos oro, una cifra que actualmente corresponde a 44 presupuestos totales de Haití. Recién entonces Francia la reconoció como nación.

Haití nació, además, condenada a la soledad. Occidente no podía perdonarle la osadía de haber reclamado su independencia y mucho menos de formar una nación negra de ex esclavos en pleno nuevo continente.

El 28 de julio de 1915 los marines estadounidenses invadieron Haití y convirtieron al Banco de la Nación en una sucursal del Citibank de Nueva York. Su excusa era la deuda que mantenía el gobierno con los bancos norteamericanos. Durante la ocupación los haitianos fueron obligados a trabajar en obras públicas, mientras que la mitad de los ingresos nacionales se utilizaron para pagar la deuda. Cuando abandonaron la isla el 15 de agosto de 1934, cerca de 10 mil haitianos habían muerto a causa de la represión y Estados Unidos había logrado su cometido: la deuda estaba cobrada y el artículo constitucional que prohibía vender plantaciones a los extranjeros había sido derogado.

Lo que siguió fue una serie de golpes de Estado, comenzando en 1957 por François “Papa Doc” Duvalier y posteriormente su hijo, con miles de bajas civiles, hasta el cuartelazo del general Raoul Cédras en 1991.

El sacerdote salesiano Jean-Bertrand Aristide fue el primer presidente electo de forma democrática en Haití. Llevaba sólo unos meses de administración cuando fue sacado por un grupo de militares encabezados por Cédras. En 1994 retornó al gobierno asistido por una misión

militar de Estados Unidos y la Organización de las Naciones Unidas (ONU). A partir de ahí la ONU enviaría otras seis misiones de intervención con el apoyo de la Organización de los Estados Americanos (OEA).

Presionado por el gobierno estadounidense y respetuoso de las órdenes del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional (FMI), cuando Aristide volvió a Haití redujo los impuestos al comercio de arroz de un 35% a un 3%. Con eso Haití se convirtió en el país con las tarifas aduaneras más bajas del Caribe, mientras que actualmente importa casi todo su arroz desde el país norteamericano.

La historia de Haití ha sido la de una constante crisis política. En 2001 Aristide volvió a ser electo por voto popular y una vez más fue derrocado y obligado a renunciar. Con esa excusa nació en 2004 la MINUSTAH: Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización de Haití, que contó con el accionar principal de cuatro países: Argentina, Brasil, Uruguay y Chile. Los objetivos: restablecer un entorno seguro y estable, resguardar los procesos políticos y asegurar las elecciones, y proteger los Derechos Humanos.

De acuerdo al Departamento de Operaciones de Paz de la ONU, en 2013 Chile fue el cuarto país que más contingente envió a Haití, incluyendo 478 militares, 12 policías y 5 observadores. Cascos azules de todas las nacionalidades desembarcaron en el país caribeño en una “misión de paz”, pero con ellos llevaron el cólera y una serie de abusos.

El martes 12 de enero de 2010 un terremoto de magnitud 7,0 Mw azotó a Haití. Fue el sismo más intenso del que se tenga registro en esa zona y el epicentro fue en su capital: Puerto Príncipe. 316 mil personas fallecieron y más de un millón y medio quedaron sin hogar.

Ese mismo año, entre agosto y octubre, más de 10 mil haitianos murieron por un brote de cólera. El primer caso se registró en Meille, justo al lado del campamento militar nepalés. Un análisis genético citado en el Informe de los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades de EE.UU. confirmó una coincidencia perfecta de la cepa de cólera encontrada en Haití con una encontrada en Nepal. En 2016 la ONU admitió que estuvo involucrada en el brote.

A esto se sumó la denuncia contra la ONU de diez mujeres haitianas que quedaron embarazadas de cascos azules procedentes de Uruguay, Argentina, Nigeria y Sri Lanka. Los

hombres retornaron a sus países de origen sin reconocer su paternidad de los menores y sin entregar ningún tipo de asistencia a sus hijos. En 2011, en tanto, Johnny Jean, un joven haitiano de 18 años, denunció haber sido víctima de acoso sexual por parte de cuatro militares uruguayos de la MINUSTAH. Estas prácticas, así como el intercambio de ayuda humanitaria por favores sexuales, era más común de lo que se pensaba.

En 2017 el buque Sargento Aldea de la Armada zarpó desde Chile para traer de regreso al último contingente desplegado en Haití. En 13 años de misión el país gastó más de 170 millones de dólares y envió cerca de 13 mil efectivos entre militares, policías y carabineros.

Migración haitiana en Chile

Hasta hace poco Chile no se caracterizaba por ser un país de inmigrantes. Mientras que en los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) el índice de migración promedio es de 13%, en Chile durante 2017 sólo alcanzamos el 4,35%, correspondiente a más de 746 mil personas, según la segunda entrega de resultados del último Censo. .

Aún así, Chile es el país latinoamericano en el que más aumentó el número de inmigrantes entre 2010 y 2015 -4,9% por año-, incluso por sobre países como México (4,2%) y Brasil (3,8%), según datos de el informe *Coyuntura Laboral en América Latina y el Caribe: La inmigración laboral en América Latina* de la Cepal, de mayo de 2017. 15 años antes, en 1992, el porcentaje de inmigrantes era de apenas 0,81%, lo que equivale a 105 mil personas.

2016 fue el año en que se disparó la llegada de haitianos a Chile. Durante ese período, de acuerdo a datos del Departamento de Extranjería y Migración (DEM), se entregó más de 3 mil permanencias definitivas y más de 20 mil permisos de residencia temporal a ciudadanos de origen haitiano. Ese mismo año más de 30 mil haitianos pidieron visa por primera vez tras haber ingresado al país como turistas, mientras que para el año siguiente hubo un crecimiento de 72%.

Al momento del Censo 2017, la cantidad de inmigrantes (8,4%) haitianos era menor a la de peruanos (25,3%), colombianos (14,2%), venezolanos (11,2%), bolivianos (9,9%) y argentinos (8,9%).

La mayoría de los migrantes haitianos vive en la Región Metropolitana, repartidos entre las comunas de Quilicura y Estación Central. Además, según un boletín informativo sobre migración haitiana del DEM, la mayoría son hombres que llegan buscando empleos, y sus edades van desde los 15 a los 44 años.

La llegada de haitianos a Chile aumentó hasta 2017 pese a las diferencias culturales, étnicas y geográficas entre ambos países. Entre los motivos se encuentra la situación económica y el desarrollo industrial de Chile, los que ofrecen un mercado laboral más amplio a los migrantes haitianos; y la ausencia de requisito de visa de turismo para ingresar a nuestro país, realidad que se extendió hasta el 16 de abril de 2018, cuando ésta se hizo obligatoria.

Las razones de la masiva migración de haitianos, no sólo a Chile, sino a países como República Dominicana y Estados Unidos, obedecen principalmente a las consecuencias del terremoto que azotó al país caribeño el 12 de enero de 2010. Hasta esa fecha, Haití ya era el país más pobre de América, y las consecuencias devastadoras del sismo incrementaron sus desventajas socioeconómicas. De acuerdo al ex primer ministro de Haití, Jean-Max Bellerive, producto del terremoto fallecieron 316 mil personas, 350 mil quedaron heridas y 1,5 millones perdieron su hogar.

Pese a que las condiciones de vida en Chile son muchos más favorables a las que hay en Haití –donde los servicios de energía eléctrica y agua potable no están garantizados- en noviembre de 2017 el senador haitiano Wilfrid Gelin realizó una visita a Chile y aseguró que viajar a nuestro país “definitivamente, no mejora la calidad de vida de los haitianos”, a lo cual sumó los inconvenientes en los plazos para obtener la visa, lo que complica “la posibilidad de encontrar trabajo y vivienda”.

Entre 2017 y 2018, con los sucesivos gobiernos de Michelle Bachelet y Sebastián Piñera, comenzó a tramitarse en Chile un nuevo proyecto de Ley de Migraciones que crea un Servicio del Migrante, organismo descentralizado que estaría a cargo de llevar un registro de los extranjeros residentes en Chile, y establece que la residencia temporal sólo podrá solicitarse fuera de Chile, entre otros puntos.

A partir de mayo de 2018 comenzaron a salir más haitianos que los que entran a Chile. Ese mes ingresaron 376 y salieron 623, situación contradictoria con lo que sucedió en mayo de 2017, cuando entraron 7.344 y salieron 365.

Las circunstancias que han llevado a este cambio de panorama son varias, pero hay dos que son más relevantes: en marzo la aerolínea Latin American Wings (LAW) dejó de operar en Santiago y en abril comenzó a regir la nueva visa de turismo para haitianos, instruida por el gobierno del presidente Sebastián Piñera.

Un total vuelco tuvo el capítulo migratorio de haitianos en Chile cuando, en noviembre de 2018, el Gobierno de Piñera puso en marcha el denominado Plan Humanitario de Regreso Ordenado, conocido mediáticamente como “Plan Retorno”, que lleva de regreso a su país a los inmigrantes que así lo desean. El primer vuelo fue para haitianos. Un avión Boeing 767 de la Fuerza Aérea de Chile partió desde Santiago el miércoles 7 de noviembre con 160 haitianos rumbo a Puerto Príncipe, encendiendo nuevamente el debate sobre el racismo en Chile.

Percepción y convivencia

De acuerdo a la encuesta del Centro de Estudios Públicos (CEP) que abarcó los meses de abril y mayo de 2017, y que se realizó a ciudadanos chilenos, el 40% de la población piensa que los inmigrantes le quitan los trabajos a las personas nacidas en Chile y el 41% está de acuerdo en que los inmigrantes elevan los índices de criminalidad en el país. Sólo el 35% estuvo de acuerdo en que los inmigrantes mejoran la sociedad chilena trayendo nuevas ideas y culturas.

La convivencia entre chilenos y haitianos no ha sido fácil. Las diferencias en el color de piel, el idioma y las costumbres, han generado múltiples episodios de discriminación dirigidos a esta comunidad migrante. Ejemplos de ello se ven periódicamente en los medios, y no sólo nacionales. En junio de 2017 el periódico británico *The Guardian* tituló: “Migrantes caribeños arriesgan peligro y discriminación por una nueva vida en Chile”. El artículo advertía que la constante discriminación, abuso laboral y políticas de migración obsoletas dificultan la adaptación de migrantes haitianos y dominicanos.

El mismo año comenzó a circular el relato de un haitiano en la Línea 1 del Metro de Santiago. Se trataba de un obrero que todos los días debía ir desde Maipú a Las Condes y viceversa. Un día, en su trayecto de vuelta a casa, se quedó dormido en un asiento del vagón y fue despertado en medio de insultos apelando a su color de piel y culpándolo de “robar” trabajo y asientos.

También fue muy comentada en los medios la discriminación sufrida por dos haitianos en el Mall Vivo Los Trapenses 6, en la comuna de Lo Barnechea, donde guardias del recinto los echaron sólo por su color de piel, justificando que se debía a reclamos de los clientes.

Más comunes aún son los reclamos de ciudadanos haitianos por discriminación laboral. Según un sondeo del Centro Nacional de Estudios Migratorios de la Universidad de Talca del año 2017, el 82,6% de los haitianos creen que sus compatriotas tienen más dificultad para encontrar buenos empleos comparado con extranjeros de otras nacionalidades.

CAPÍTULO 2: EXPERIENCIAS DESDE LA EDUCACIÓN Y LA MÚSICA

Yvenet: Puente entre idiomas

El terremoto 7.0 que sacudió Haití el martes 12 de enero de 2010 a las 16:53 hora local, fue decisivo en la vida de Yvenet Dorsainvil (32). El peor movimiento telúrico registrado en la región en 200 años causó 316 mil muertes y echó abajo 105 mil viviendas. La de Yvenet no fue una de ellas, pero pronto comprendió que la crisis económica y social que afectaba al país caribeño sólo podría agudizarse.

Ese año Chile empezó a sonar fuerte en los planes de los haitianos. Con una de las economías más fuertes de la región, el pequeño país sudamericano aparecía como una opción prometedora para quienes buscaban empleo. Sin embargo, para él fue especialmente complicado tomar la decisión de partir.

Yvenet ya había estado en Chile. Había viajado un año antes, en julio de 2009, para luego regresar a Haití un mes después, desmotivado por el frío, incomparable con los 18° de temperatura mínima que se perciben en su natal Liancourt, una localidad al norte de Haití, en el departamento de Artibonite.

“Cuando volví era un Chile diferente. En el espacio de un año, cuando llegué era todo distinto. El aeropuerto era distinto, los tratos eran distintos”, comenta Yvenet cuando recuerda su segunda llegada al Aeropuerto Internacional Arturo Merino Benítez.

Ese día estaba tranquilo. Ya había estado en Santiago, más o menos conocía cómo funcionaba todo, y lo único que le producía malestar era el recuerdo y la anticipación del frío invernal calando sus huesos. Por eso, cuando descendió del avión con el pasaporte en la mano, se estremeció al ver una alineación de personas de color. “Yo llegué tranquilo, pero me di cuenta de que había una fila para los negros”, dice.

Los llevaron a una oficina para revisar con especial atención sus papeles, y entonces Yvenet, haciendo uso del poco español que conocía, preguntó:

- ¿Por qué todos los negros tenemos que pasar aquí mientras el resto de la gente va tranquila con su pasaporte?

No hubo respuesta o no la recuerda, pero lo que vino después lo marcó hasta por ocho años. Un funcionario de la Policía lo apartó a una sala distinta, sólo a él. Una vez ahí el hombre elevó el tono de voz y comenzó a interrogarlo, moviéndose de un lado y haciendo que él mismo diera vueltas en círculos. Yvenet sudaba frío, sin entender una palabra de lo que el sujeto le decía. De ese episodio le quedó una sensación de profundo temor y la única certeza de que su interlocutor se apellidaba Sepúlveda.

“Estuve aquí con Bachelet, me fui, y cuando volví me recibieron de otra forma”, afirma.

En Liancourt Yvenet era profesor de francés. Las dos veces que llegó a Santiago lo hizo con la intención de estudiar un postgrado. Apasionado por la educación, escribía sobre eso para la revista *Liancourt Magazine* y participó en la creación de una biblioteca para estudiantes en el mismo pueblo, una localidad que, como dicen sus habitantes, fue “olvidada por el Estado”. Ahí llegan alumnos de distintos colegios no sólo a leer y estudiar, sino también a participar de actividades teatrales y juegos.

En Haití todas las asignaturas se imparten en francés, pese a que en las calles y en los hogares los niños hablan creole, un idioma que surgió a partir de la mezcla del idioma francés con otras lenguas africanas.

“El problema de nosotros, de muchos jóvenes haitianos, y de muchos que incluso son universitarios, que tienen dos carreras, es que les cuesta escribir el creole. Hablan el creole, pero les es difícil escribirlo, porque todo lo hacen en francés”, explica.

En 2011 Yvenet logró que un establecimiento educacional lo aceptara, pero pronto se dieron cuenta que la carrera de Pedagogía que había estudiado en su país, en Chile no valía nada, porque no le convalidaban los estudios³.

³ Recién en 2017 el gobierno de Michelle Bachelet firmó un acuerdo con su par de Haití para convalidar los estudios de enseñanza básica y media.

Las dificultades aumentaron cuando recibió su carta de abandono del país tras vencer su plazo de residencia legal y no pudo contarle a nadie. Había creado lazos con la incipiente comunidad haitiana, quienes veían en él a un líder.

Vivió esos meses como ilegal. Empezó a caminar de forma distinta. Cuando se desplazaba por las calles de Santiago se cuidaba de ni siquiera rozar a la gente. Evitaba cualquier altercado a toda costa. Ni siquiera podía sacar un certificado de antecedentes. Jugaba fútbol con algunos compatriotas, y ni a ellos les contó sobre su situación. Cuando al fin salió de eso creó la ONG Buen Samaritano Haitiano con sus compañeros de equipo, una de las primeras agrupaciones dedicadas a prestar ayuda a los migrantes de esa nacionalidad, orientándolos en la búsqueda de trabajo, permisos de residencia y acceso a servicios básicos.

Con su espíritu para educar intacto, eso no fue lo único que Yvenet hizo para asistir a sus compatriotas. Con el tiempo comenzó a trabajar en un proyecto más ambicioso.

Desde Buen Samaritano, Yvenet acompañaba a haitianos a hospitales, municipalidades y todo tipo de servicios. En todos lados el problema era el mismo: los haitianos no entendían a los funcionarios, y los funcionarios no entendían a los haitianos. Por eso, un día alzó la voz en una reunión e hizo una promesa:

- Voy a crear un diccionario.

Fue entonces cuando comenzó a trabajar por sí mismo en la creación de un diccionario kreyòl-español, un texto que no existía hasta entonces. Comenzó con la idea era entregarlo gratis, pero cuando ya llevaba cinco meses buscando una imprenta que se ajustara a sus recursos, se dio cuenta de que necesitaría dinero para finalizar su misión. Finalmente, llegó a un lugar que le ofreció imprimirlo por adelantado, y que le permitió pagar mientras lo comercializaba. La Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Chile organizó el lanzamiento y el resto para él es historia.

“Este día marca una nueva etapa de la historia migratoria de Chile, una de un país multicolor y multicultural. Es el día en que presentamos una obra que facilita la convivencia de los pueblos a través de un documento que parece ser un bloque de papeles, pero que es un documento que resume almas, culturas y costumbres de distintas naciones: el pueblo haitiano y el pueblo chileno”, dice Yvenet ante una audiencia de 300 personas en la sala Eloísa Díaz de la Casa Central de la Universidad de Chile. Viste camisa blanca y un traje negro, y está cumpliendo la promesa que hizo cinco años antes a una sala mucho más pequeña con personas que lo escuchaban con igual interés.

Con 122 páginas, el texto recoge palabras que utilizan los jóvenes haitianos y modismos chilenos que no se encuentran en cualquier diccionario. Su trabajo es un éxito, y seis meses después, en su oficina en plena Plaza de Armas, se prepara para entregar los últimos ejemplares.

El día que Yvenet presentó su diccionario, Caleb Edmond (33) tocó saxo frente a las 300 personas que ocupaban esa sala del segundo piso de Casa Central. Con anteojos, un traje que combinaba azul con gamuza y zapatos en perfecta concordancia con su chaqueta, junto a dos mujeres que recitaban mensajes de inclusión, fue el encargado del número musical de esa tarde. Bajo su chaqueta llevaba una polera blanca con la bandera haitiana.

Caleb: Sueño de la inclusión

Caleb llegó a Chile cuatro años después que Yvenet, en 2014. Vive junto a otros haitianos en una casa de Pedro Aguirre Cerda, una de las comunas que más haitianos alberga en Chile. Su domicilio está ubicado en Avenida Central Cardenal Silva Henríquez con Centro América, a dos cuadras de la estación de Tren Central P. A. C.

Aunque comparte hogar con otras personas, Caleb tiene sus propios muebles en una habitación de 3x2 metros: un refrigerador que emite un ruido incesante, un sillón donde caben dos personas y donde recibe a sus invitados, y una pequeña mesa donde come sus comidas. En la habitación contigua sólo cabe su cama.

Pese al reducido espacio que le queda para moverse, se las arregla para grabar ahí sus propios *videoclips* y cortometrajes. Viste siempre impecables trajes que combinan colores como azul, morado o naranja, y tiene una serie de poleras que mandó a estampar con la leyenda “Calolo Fashion”, el nombre de la agrupación con la que toca música y graba videos para “enseñarle a la gente cómo vivir el día a día”. Calolo es el nombre con el que lo apodó su mamá cuando era un niño, y que ahora lleva como marca de todos los proyectos que realiza.

En Pétion-Ville, una comuna de Puerto Príncipe, la familia de Caleb tenía una casa como las que se ven en los balnearios del litoral central que frecuenta la clase alta chilena. De dos pisos y pintada de amarillo, en su patio trasero ostentaba una piscina probablemente más grande que su actual vivienda. De todo esto guarda fotos en su celular.

“Aquí estoy viviendo en una pieza, pero lo que hay en Chile, y que me gusta, es tranquilidad”, comenta.

En Puerto Príncipe Caleb estudió mucho. Ingeniería civil, música y algo de lingüística. Trabajaba para la Embajada de Suiza como ingeniero técnico, pero vivía bajo la amenaza de que algo malo le pasaría a él o su familia si es que no pagaba grandes sumas de dinero. Dice que su familia pasaba los montos que les pedían, pero la última vez que lo intentaron sobornar compró un boleto de avión, tomó sus maletas y se vino a Chile. Al año siguiente, en 2015, su mamá hizo lo mismo pero partió hacia Estados Unidos. Sus hermanos menores están en Chile, uno de sus hermanos mayores está en Canadá y el otro permanece en Haití.

Caleb tuvo su primer trabajo en Las Condes, como técnico en el Hotel Marriott. “No me gustaba porque había muchos racistas. Yo tengo mucha capacitación en tecnología pero ellos me hacían trabajar más que un motor y quedaba muy cansado”, recuerda.

Al tiempo después y por iniciativa propia se acercó a la Escuela Ricardo Latcham, ubicada en Pedro Aguirre Cerda, cerca de Avenida Departamental, a preguntar si es que necesitaban intérpretes. Después de un tiempo la dirección del establecimiento se convenció, revisaron sus papeles y lo contrataron como intérprete o “ayudante de aula” en el marco de la ley de Subvención Escolar Preferencial (SEP).

“Cuando entré al colegio fue para ayudar a los niños haitianos, pero los niños chilenos igual necesitan ayuda para convivir con los niños haitianos y tratar de hacer la inclusión real”, dice Caleb, y explica que su trabajo se ha enfocado a facilitar la convivencia entre niños de ambas nacionalidades.

Lo que Caleb desea con más fuerza es colaborar para que chilenos y haitianos convivan sin prejuicios. Dice que “hay muchos chilenos que hablan de inclusión, pero sólo la tienen en la boca y realmente no hacen nada”. Por eso su banda enseña a través de su música cómo se siente ser un migrante en una ciudad como Santiago.

Caleb sabe tocar saxofón, trompeta, guitarra, un poco de teclado y clarinete, pero se especializa en el saxo. En su banda compone música instrumental, mientras sobre esa base otros improvisan discursos sobre su experiencia en Chile y su anhelo de una convivencia pacífica.

“Ocupamos la música siempre para enseñar a la gente a no hacer violencia, cómo tienen que vivir para estar en paz”, cuenta. Son cerca de 20 personas de nacionalidad haitiana, pero su sueño es que los chilenos quieran unirse algún día.

“En cualquier actividad que hay, yo estoy, porque intento hacer realmente la inclusión”, comenta Caleb, haciendo gala de su proactividad. Participó como voluntario en el Censo 2017 y un tiempo antes dio una charla a los alumnos de la Universidad San Sebastián sobre la discriminación que sufren los haitianos. También trabajó como intérprete en el piloto del programa Chile Te Recibe, enfocado a la regularización de niños y adolescentes migrantes de todas las nacionalidades.

Aunque reconoce que la vida en Chile es dura para la mayoría de los migrantes haitianos, quienes “se sienten menos por el color”, entre sus proyecciones no está volver a Haití. Por el contrario, espera encontrar una novia chilena, formar familia y crear un local de comida haitiana bajo el nombre “Calolo Food Fashion”. Para él, como para otros haitianos, regresar a su país no es opción.

Black Peat: Verdades sobre la vida extranjera

En diciembre de 2017 Ernst Jean Yngugnack (22) apareció en los noticieros y portales web chilenos por su canción estilo *reggae* “Vida Extranjera”, compuesta en creole y español, sobre la realidad que viven los haitianos en Chile.

“Vida extranjera, una vida complicada. Y cómo serán los últimos días, el color de piel no podrá ni salvarlos, la humillación, la discriminación, existen racismos, el dinero cambia el mundo. Algo, algo grande vendrá a la tierra, la vida extranjera, los blancos y los negros iremos al mismo saco. Sólo venimos a buscar una vida de suerte”, dicen algunos versos de la canción.

Sobre algo similar canta Wesley Lotog, un rapero haitiano aclamado por la comunidad migrante por escribir sobre las dificultades que atraviesan en Chile. La diferencia es que Ernst - alias Black Peat- lo hizo a pedido del municipio de Estación Central, en el marco de una campaña de algunas comunas para advertir a los inmigrantes sobre la verdadera situación que enfrentarán en Chile y “no generar falsas expectativas”⁴.

El alcalde de Estación Central, Rodrigo Delgado (UDI), llegó hasta los canales de televisión de República Dominicana con la canción compuesta por Black Peat, pero este último acusa que no querían pagarle por su trabajo. Cuando le escribió al edil para preguntarle si podía ayudarlo con un poco de dinero, su representante le mandó a pedir el RUT y le depositaron \$100 mil.

“Hay mucha gente que piensa que el Black con el alcalde está viviendo una vida mejor. Todos me preguntan lo mismo, y no, no pasa nada. Sólo me pagaron \$100 mil porque yo se los pedí, pero por una canción profesional son \$260 mil. Nunca más me respondieron, lo que necesitaban ya lo encontraron y ahora chao”, acusa.

El trabajo de Ernst con la municipalidad le trajo más problemas que beneficios. En YouTube la gente reaccionó mal a su canción, y mientras los chilenos le escriben insultos como “negro *culiao*, ¿por qué no se va a su país?”, sus compatriotas haitianos también lo critican. “Dicen ‘pucha, ese haitiano lo que está buscando es hit’. Ellos no quieren que hable de la realidad”.

⁴Comunicado de la Municipalidad de Estación Central, febrero de 2018.

Black Peat llegó a mediados de 2014 desde Belladère, una comuna del distrito de Las Caobas, en la frontera con República Dominicana. Su madre había llegado cinco años antes con su pareja y le había pedido que la visitara.

Sus amigos haitianos que vivían en Chile también le insistían en que viniera. Le decían que “las cosas eran más fáciles” y que encontraría muchas más oportunidades. Que todos se estaban viniendo y él se estaba quedando atrás.

En Haití vivía con su papá, un policía. Su vida era “simple y feliz”, por eso cuando llegó a Santiago lo hizo con la intención de quedarse un mes y regresar a Haití, pero las insistencias de su mamá le ganaron a su resistencia.

“Cuando llegué aquí lo primero que me hizo mi madre, y lo primero que hace todo inmigrante, es comprarte una bip!, te la cargan y te llevan a Plaza de Armas y Estación Central. Ahí tienes que defenderte. Yo tenía que tomar la 424 y duré un mes perdiéndome, llegando al terminal y del terminal a mi casa”, recuerda.

Ernst ha pasado por varios trabajos esporádicos, incluyendo uno como conserje de un edificio cerca del Metro Mirador. Ahí trabajaba por turnos, y dice que por eso no ha podido continuar con sus estudios. “Para uno estudiar y pagar las cuentas no es fácil. Obligatoriamente tengo que trabajar. Si no trabajo, ¿con qué voy a vivir? Y es más difícil ahora que la cosa está empeorando: hay más discriminación, más racismo”, señala.

Desde la Municipalidad de Estación Central aseguran que hay haitianos que llegan sin tener dónde pasar la noche, pensando que acá les pueden facilitar una pieza temporal. Según Ernst, en Haití se dice que hay cosas que en Chile no cuestan nada, y que muchos viajan pensando que encontrarán “el paraíso”.

“Esto es lo que hacen nuestros compatriotas en Haití. En el aeropuerto te piden un monto mínimo de mil dólares en el bolsillo. El ticket vale un poco más de mil dólares, dependiendo de la aerolínea. Entonces, ellos no tienen todo el dinero de bolsillo. Lo que hacen es que un amigo en Chile les compra el ticket fiado y esos mil dólares ellos los traen al aeropuerto para poder entrar y luego lo pagan al amigo. Y así se quedan sin nada”, explica Ernst.

En abril de 2018 la Fiscalía desbarató una red de tráfico de migrantes haitianos que operaba desde Chile. Se trataba de agencias de viaje de Santiago que ofrecían pasajes, reservas de hotel y asesoría para conseguir visas, a cambio de dos mil dólares. Una vez que los clientes llegaban, no había nada de lo prometido y tenían que devolver el dinero prestado para pasar el control migratorio en calidad de turistas. La banda ganaba hasta \$160 millones a la semana y los ciudadanos haitianos quedaban sin nada.

Aunque Ernst reconoce que la calidad de los servicios en Haití es inferior a la de Chile, que allá a veces no tiene luz o agua, hay algo que no transa y que lo hace querer volver a su país: la libertad de caminar despreocupado por la calle, no por la ausencia de delincuencia, sino por la ausencia de discriminación.

“Hoy día yo salgo y me siento desconfiado. Porque estás pensando ‘si salgo y empujo a esta persona, me puede tratar mal, o me puede decir que me levante de la silla’. Uno no se siente libre, no se siente con confianza. Eso es una vida de extranjero. A lo que me refiero cuando digo que extraño a mí país es a que extraño que yo no puedo estar libre”, comenta.

CAPÍTULO 3: MATERNIDAD Y FEMINISMO MIGRANTE

Cuando Rose Cafay (32) dejó Venezuela lo hizo con una maleta liviana. El departamento donde vivía en Caracas quedó intacto: no vendió muebles, no sacó sábanas, ni se molestó en buscar un inquilino provisorio. Iba y volvía, estaba convencida de eso.

La situación en Venezuela se hacía insostenible. Fotos de supermercados vacíos comenzaban a dar la vuelta al mundo y aparecían los primeros muertos en las protestas contra el gobierno de Nicolás Maduro. Aunque Rose tenía su vida hecha allá y decía sobre sí misma que era “más venezolana que las arepas”, no pudo resistirse mucho cuando su esposo -haitiano- comenzó a trazar las primeras líneas del plan que los traería a Chile. Su consuelo era ese: que era algo momentáneo, que Venezuela iba a salir de la crisis social y que podría regresar pronto. Su esposo partió en octubre de 2014 y ella lo siguió cuatro meses después, con un bebé de 8 meses.

“¿No se supone que acá hablan español?”

Rose tenía 8 años cuando su familia salió de Haití para irse a vivir a Venezuela. Cuando recuerda esos años y las razones que los llevaron hasta allá, responde que “Haití es Haití”. Sus papás la tomaron a ella y a sus dos hermanos, y entre todos los países del mapa eligieron al país bolivariano por la situación socioeconómica de la que hacía gala en la década de los ‘90, por su ubicación geográfica, cercana a Haití, y por las similitudes del clima, siempre cálido. También ayudaba la alimentación y cocina tradicional, con una gama de tubérculos que nada tenían que envidiarle a los de su tierra natal.

Como herencia de las dos décadas que vivió allá, Rose trajo consigo un español con marcado acento caribeño, su pasaporte venezolano y un hijo caraqueño. Después de un tiempo, sin embargo, ella volvería a sentirse haitiana.

Rose salió de un departamento completamente amoblado en Caracas y llegó a otro vacío en el norte de la Región Metropolitana, en la comuna de Quilicura. Su esposo había estado durmiendo

durante cuatro meses en un colchón duro y delgado de una plaza tendido sobre el suelo, en el que no había espacio para ella y su bebé. Decidida y confiada por su fluido dominio del español, le dijo que la llevara de inmediato a una tienda donde comprar los muebles necesarios y, lo fundamental, una cama. Así partieron a la tienda de artículos para el hogar Easy, ubicada en una de las avenidas principales de la comuna.

“Yo estaba relajada porque dije ‘Chile, español, ah, pan comido’. Cuando llegué al Easy y le pasé las cosas a la cajera, te juro que no le entendí nada. Yo dije: ‘¿no se supone que acá hablan español?’, comenta a tres años y medio de su primer día en la capital

Ese mismo día, para celebrar, fueron a comer al patio de comidas del Mall Plaza Quilicura, frente a la plaza de la comuna. Para seguir probando suerte con el idioma, ella hizo el pedido.

- ¿Para servir o llevar? -preguntó una chica tras el mostrador.
- ¿Me puede repetir la pregunta? -preguntó perpleja Rose, mientras pensaba que para llevar su pedido, de todas formas se lo debían servir, o eso indicaba la lógica.
- ¡Pucha! -exclamó frustrada la joven.

“¿Qué me habrá dicho?, ¿me estará insultando?”, se preguntaba Rose, que hasta entonces desconocía ese chilenismo y sólo le sonaba parecido al famoso insulto de cuatro letras, conocido en todos los países de habla hispana y utilizado en todos ellos con el mismo objetivo: denostar a la mujer. “Me daba vergüenza porque no sabía cómo decirle ‘señorita, qué fue lo que me quiso decir, ¿qué es eso de pucha?’”, comenta ahora entre risas.

Llorar de frío

La maleta liviana que Rose se trajo desde Venezuela sólo venía equipada con prendas que bien podían resistir el invierno venezolano, pero no el chileno. Lo mismo sucedía con las sábanas y la calefacción del departamento donde pasaba la mayor parte del tiempo, cuidando a su hijo de menos de un año.

Febrero, marzo y abril no fueron problema. Esos fueron los meses que se dedicó a aprender los modismos y a adecuarse al ritmo apresurado y las palabras arrastradas del hablar de los chilenos. Ponía atención a todos los detalles, como aprendiendo el español de nuevo. Entre la maternidad, las inclemencias del habla chilena y la tarea de acostumbrarse a vivir en un nuevo país, lejos de su familia y amigos, Rose no tuvo tiempo para pensar en el clima.

Recuerda la primera vez que lo sintió, hacia fines de mayo de 2015. Un día calentaba el sol y al otro Santiago era todo neblina. Esa mañana de fines de mayo no la despertó la alarma que le avisaba a su marido cuando ya era hora de prepararse para ir al trabajo, ni el llanto de su pequeño hijo, ni los golpes de puertas o pasos pesados en las habitaciones contiguas.

“No sabía, nadie me explicó, las sábanas no eran aptas, la ventilación del cuarto no era apta, no tenía calefacción”, dice cuando recuerda la primera vez que sintió el frío. Cuando su marido se fue a trabajar, abrazó fuerte a su bebé y, cuando ya no pudo seguir ignorando el dolor en sus huesos, rompió en llanto.

Con los ojos borrosos y el cuerpo contraído y tembloroso, arropó al pequeño lo mejor que pudo con las delgadas sábanas de la cama, y caminó hacia el clóset. Tardó unos segundos en encontrar su pasaporte y los pasajes de regreso, mientras calculaba cuánto tiempo le tomaría llegar desde Quilicura al aeropuerto adonde, de seguro, tendrían mejor calefacción.

Cerca del mediodía salió el sol y, poco a poco, el departamento se comenzó a temperar. Menos exaltada, volvió a guardar su pasaporte y salió a comprar cobertores y frazadas. Más adelante se haría con un pequeño calefactor.

El 9 de junio de 2017, pocos días antes de la llegada del invierno, un ciudadano haitiano de 31 años murió de hipotermia en la comuna de Pudahuel. Estaba en su casa, en la que vivía hacinado junto a otros compatriotas.

“Es una de las experiencias más horribles que puede pasar un ser humano”, reflexiona Rose.

Descubriendo el color

Rose parió a su primer hijo en Venezuela y se vino con él a Chile cuando tenía apenas 8 meses de nacido. A un año de haberse asentado en Quilicura volvió a dar a luz. El parto no fue violento y los funcionarios la atendieron bien. Cuando compara esa experiencia con la de tener un hijo en Venezuela, asegura que acá fue mejor.

El hijo mayor de Rose, Christian, ya tiene 4 años y hace el pre kinder en la escuela básica municipal Ana Frank de Quilicura, a unos 20 minutos a pie desde su casa en la Villa San Luis. Es el mismo colegio donde los días domingo se habilita una sala para que los haitianos evangélicos asistan a culto que se realiza en creole y que dura cerca de 4 horas.

Pero antes de pasar por el Ana Frank, Christian -o Chris- estuvo en un jardín donde pasaba las horas mientras su mamá realizaba sus primeros trabajos como niñera y temporera. Jugaba y se llevaba bien con sus compañeros, hasta que un día le dijo a su familia que no quería ir más al jardín hasta que fuera blanco.

- ¿Eres tonto? No digas eso -lo reprendió el hermano de Rose, quien se vino un tiempo después que ella a Chile, y que se siente orgulloso de su color de piel.
- Es un niño, algo le pasó para que esté diciendo estas cosas -le contestó ella, molesta y, sobre todo, preocupada.

Le tomó unos minutos obtener la respuesta por parte de Chris, pero la consiguió. Ese día los niños habían comenzado un juego lejos de la supervisión de las parvularias y uno de sus compañeros había puesto una regla: sólo podrían jugar los 'blancos'. "Creía que siendo blanco iba a ser más aceptado. Iba al jardín, tenía tres años. Imagínate el dolor que una siente como mamá", comenta Rose.

- ¿Tú me amas?, ¿amas a tu hermano, amas a tu papá? -le preguntó al niño.
- Sí, los amo a todos.
- ¿Quiénes son las personas favoritas en tu vida?
- Ustedes -respondió Chris sin dudar.

- Somos negros y ¿cuál es el problema?. Igual amamos, igual nos abrazamos, igual nos besamos. No hay nada de malo en tu piel. Es más, es bonito, es diferente.

Aunque el pequeño no volvió a tener problemas con sus compañeros, fue Rose quien debió enfrentar la barrera de su color de piel cuando, en 2018, ingresaron al Ana Frank y en una reunión de apoderados una mamá comenzó a quejarse de la cantidad de haitianos que habían llegado al colegio. En el curso hay 40 alumnos, de los cuales sólo tres son haitianos. Eso le explicó Rose a la mujer, quien respondió:

- Sí, pero en esos tres cupos pudo haber estado el de mi sobrino.

Indignada, Rose la increpó:

- Yo casi que me dormí en la puerta del colegio, y tú vienes y me dices que tengo la culpa. Levántate más temprano.

Con el tiempo su hijo ha ido explorando lo único que lo diferencia del resto de sus compañeros: el color de piel. Más allá de eso, se dice a sí mismo chileno. “Ahora dice que le gustan las personas de color, pero no todas. ‘Los gorditos me gustan negros, pero no me gustan las gorditas blancas, pero me gustan más las blanquitas flacas’. Me molesta que él sienta que hay una diferencia entre ser blanco y ser negro”, dice Rose.

“Ser mamá en Chile es castigado”

La marcha feminista del 16 de mayo de 2018 llevó a las calles de Santiago un movimiento que ya se estaba gestando en las universidades, colegios y redes sociales. Por primera vez de forma tan manifiesta, las mujeres no tuvieron miedo a expresar su rabia, temores y frustraciones, ni a desnudarse, ni a hablar de derechos reproductivos.

Aunque las migrantes haitianas miran de cerca el empoderamiento de la mujer chilena, hay temas que en su comunidad no se discuten. Como evangélicas de formación, para la mayoría el aborto está fuera de juego, incluso para mujeres más politizadas como Rose Cafay.

“La cultura haitiana es muy machista, a años luz de la chilena. Eso sí que es machismo puro. Se califica a la mujer por su capacidad de reproducción. Vas a encontrar más mujeres sufriendo

porque no pueden tener hijos que mujeres que no quieran tener hijos”, asegura. “Una vez conocí a una haitiana a favor del aborto y yo le decía: ‘¿de verdad eres haitiana? No lo puedo creer’”, comenta ella, entre risas.

Pero en términos generales, Rose se siente feminista. A ella, como a varias de sus amigas, les ha tocado vivir en carne propia las actitudes machistas de hombres chilenos, sobre todo a la hora de buscar trabajo. Durante el año que permaneció cesante tras su llegada a Chile, asistía hasta a 2 o 3 entrevistas diarias, sin resultados positivos.

“Me di cuenta de que era porque era mamá de un niño pequeño. Ser mamá es castigado aquí. He ido a trabajos y me han dicho descaradamente que no quieren mujeres porque no quieren que les vayan a salir embarazadas y que las mujeres cuando les viene la regla son complicadas”, dice. Y asegura que la situación es más compleja para las haitianas.

- Haitianas menos. Pucha que les gusta quedar embarazadas -escuchó de un hombre una vez.

Feminismo migrante

Angeline Theosmy, fundadora de la Organización Movimiento Mujeres Migrantes y mediadora y facilitadora intercultural en la Oficina de Migrantes y Refugiados de la Municipalidad de Quilicura, está de acuerdo en que las mujeres haitianas se llevan la peor parte en cuanto a discriminación por su capacidad de reproducción: “A las mujeres en Chile las discriminan más por tener hijos”.

Aunque está abierta a migrantes de todas las nacionalidades, a la organización llegan casi exclusivamente mujeres haitianas, la mayoría acomplejada por las dificultades del idioma. Se reúnen en Quilicura dos veces al mes para realizar juegos, bailes, celebrar cumpleaños y acompañarse. “Lo que hacemos es coordinar actividades que puedan hacerlas sentir que, a pesar de que no estén en su país, igual tienen la capacidad de desempeñarse en cualquier temática”, explica Angeline.

Desde su trabajo con mujeres, Angeline observa que las mayores dificultades para las haitianas, además del idioma, son su falta de autonomía y autoestima, y explica que es un tema cultural que traen desde Haití. Por eso trabajan en empoderarlas.

Rose piensa algo similar: “Todos mis amigos haitianos tienen pololas chilenas. Pero no tengo ninguna amiga haitiana que tenga un pololo chileno. ¿Qué le ha gustado al hombre haitiano de la mujer chilena? Que la mujer chilena es independiente. La haitiana es una mujer que no se empodera, siempre espera que todo lo haga el hombre, siempre se queda calladita, tranquilita, no habla. Si te fijas, la mujer haitiana muy poco te mira a los ojos, muy poco conversa con extraños. Estamos trabajando en eso”.

Sin embargo, en el tema de las relaciones de pareja, también reconoce que la discriminación juega su parte. “La mujer chilena tiende a tratar mejor al migrante que el hombre chileno. El hombre chileno es menos tolerante y más controlador. Entonces, lo distinto o lo nuevo le molesta. Es mi análisis. Debe ser por eso que se siente agredido, opacado por la presencia de muchos migrantes. El hombre chileno tiende a ser un poco más agresivo hacia el extranjero que la mujer”.

La medianoche del 29 de mayo de 2018, Miralda Moirse se convirtió a sus 29 años en la víctima número 11 de femicidio en Chile, tras morir apuñalada por su esposo -también de nacionalidad haitiana- en la habitación que arrendaban en la comuna de San Ramón. Según informó la propietaria de la pieza a la policía, el asesinato se produjo en medio de una pelea entre la víctima y su marido.

CAPÍTULO 4: NIÑAS HAITIANAS EN EL VALLE DEL ACONCAGUA

El Liceo de Niñas

“Educar a una mujer es educar a una familia” es el lema que se lee en letras doradas sobre el techo del Liceo Corina Urbina en San Felipe. Parece una casa patronal, como todas las que ocupan la calle Yungay -al nororiente de la ciudad-, pero es un liceo de niñas. Ubicado frente a un Santa Isabel de tejas musleras, luce pequeño por fuera, pero una vez adentro se extiende por una cuadra. Así se camuflan la mayoría de los colegios en el Valle del Aconcagua.

Suena la campana de las 10:30 horas que avisa a las niñas que vuelvan a sus clases en las aulas del primer piso. Desde hace un tiempo las salas del ala superior se mantienen inhabilitadas mientras reparan el techo que lleva varios años filtrando el agua de las lluvias. El establecimiento se fundó hace más de un siglo y cuenta con más de 700 alumnas desde educación pre-básica hasta niveles técnicos profesionales.

Con sus delantales rosados y en grupos de tres o más, las niñas se dirigen a sus próximas clases. Varias de ellas abordan a los profesores -mujeres en su mayoría- para ofrecerles queques, chicles y otras golosinas.

- Tía, ¿me va a comprar hoy día?
- No sé Vale, tal vez en el próximo recreo -responde Daniela Maldonado, la profesora de Orientación.
- Ya *po'* tía. Tengo unos queques, son azules.
- ¿Qué les echaste? ¡Loca!

Entre los profesores y alumnas que inundan el patio en tránsito a sus salas de clases, hay sólo siete personas de origen haitiano. Uno de ellos es un jardinero y las otras seis son estudiantes del también denominado “Liceo de Niñas”. Todas ellas ingresaron al establecimiento durante fines

de 2017 y comienzos de 2018. Aunque todas pertenecen a cursos distintos, caminan juntas mientras ríen y hablan en creole.

- ¿Y ese nuevo look? -pregunta la misma profesora a una de ellas, que lleva el pelo recogido en varias trenzas delgadas- ¡Me encanta!

Eldana, la chica de las trenzas, sonrío y le da las gracias.

Primeros días de clases

Eldana (17) llegó a Chile en enero de 2018, junto a su tío. Cuando le dijeron que se iría de Haití para estudiar en Chile, no sintió pena, pese a que dejaría a su mamá atrás. Nunca pensó que tendría la posibilidad de ver otro país y eso era todo lo que podía pensar. En una balanza, el entusiasmo por subirse a un avión pesaba más que la ansiedad de no volver a ver a su familia y amigos en un buen tiempo, y tener que aprender un idioma del que no conocía ni un poco.

Como las únicas palabras que sabía en español eran “hola” y “¿cómo estás?”, pasó los primeros meses intentando aprender el nuevo idioma con ayuda de su celular. Cuando entró al colegio en mayo, no hablaba mucho todavía. Sin embargo, ese no era su mayor miedo. Estaba nerviosa porque no conocía a nadie.

A sus compañeras les pasó lo mismo. Ninguna de ellas hablaba español y ninguna recuerda haber sentido tristeza cuando les contaron que dejarían Haití. La pena vino después, cuando se despidieron de quienes dejaban atrás -amigos, y en ocasiones familia- en el Aeropuerto Internacional Toussaint Louverture de Puerto Príncipe.

Jesula (17), otra de las niñas, llegó a Chile en agosto de 2017 y entró a terminar el 1º medio en septiembre de ese mismo año. Repitió el curso porque tampoco manejaba el español. En su primer día de clases también estaba nerviosa porque no conocía a nadie, pero sus compañeras chilenas se acercaron a ella y se ofrecieron a enseñarle. Un año después maneja el idioma y está a punto de pasar a 2º medio.

Esmeralda (17) es quien lleva la mayor cantidad de tiempo en Chile. Llegó en 2013 a vivir junto a su papá y su hermana en Quinta Normal, donde asistió hasta 8º básico a la Escuela Platón.

En 2018 se mudó a San Felipe para estar con su mamá y entró a cursar la enseñanza media en el Liceo de Niñas.

Astmide (16) también cursa el 1° medio, pero está separada de sus compañeras, que forman parte del 1° A. Victoria (13) es la menor y va en 7° básico. Y Dilunie (18) está en 2° medio. Todas llegaron durante 2018 a San Felipe y entraron a estudiar al Liceo de Niñas. Ellas hablan menos español que sus otras tres compañeras.

Dificultades y oportunidades

En Haití sus colegios no se parecían en nada al liceo. Los profesores eran distintos y los estudiantes también. Cuando empezaron a aprender el idioma y a familiarizarse con los chilenismos, no podían creer que las alumnas chilenas trataran así a los adultos, a veces con insultos, burlas y hasta garabatos.

“Acá los profesores se preocupan más de las niñas, pero ellas son muy desordenadas”, dice Esmeralda. “Si yo repetí de curso es porque yo no entiendo bien el idioma, pero a las otras niñas les pasa porque no quieren trabajar. Ellas sí entienden todo, pero no quieren estudiar”, agrega Jesula.

Todas están de acuerdo en que lo más difícil, una vez aprendido el español, es acostumbrarse al frío, tarea que todavía les cuesta mucho trabajo. Donde peor la pasan es en el colegio, que no tiene calefacción y se distribuye en pabellones independientes entre sí, sin techos entre medio. También extrañan las comidas. En Chile todo les parece “desabrido”, excepto los completos y las papas fritas con harta sal.

Todas se identifican a sí mismas como evangélicas, aunque reconocen que no asisten mucho al culto desde que llegaron a Chile. La comunidad haitiana se ha organizado a través de distintas instancias, como organizaciones, clases de español y equipos de fútbol, y la más importante para muchos: la religión. Muchos de ellos asisten los fines de semana a misas que pastores haitianos imparten en creole en comunas como Estación Central y Quilicura. El día del culto sacan sus mejores prendas y aprovechan de tomarse fotos en familia.

El Liceo Corina Urbina ofrece las áreas de técnico en enfermería y técnico en gastronomía con mención en cocina. Las niñas haitianas, así como la mayoría de las alumnas del liceo, están decididas por la enfermería. El establecimiento tiene un convenio con la Universidad de Valparaíso que les permitirá, tras cursar dos años más de estudio, obtener el título de educación superior.

Eldana, Jesula, Esmeralda, Victoria y Dilunie están convencidas de que su vida en Chile es mejor que lo que tenían en Haití, y por eso no quieren regresar. “Yo quiero ir a ver a mi mamá y después volver”, dice Esmeralda. “Ir por un mes, dos semanas”, le sigue Eldana.

Las niñas se sienten más seguras en Chile, especialmente en San Felipe, donde hay menos gente que en la capital y todos se conocen. Recuerdan que en Haití no podían caminar tranquilas por las calles y que muchas veces sus familiares fueron víctimas de asaltos. También recuerdan que las diferencias entre pobres y ricos eran más acentuadas que acá, y las dificultades en el acceso a agua potable, electricidad y wifi.

La única que quiere regresar a Haití a toda costa es Astmide. Sólo tiene palabras buenas sobre su país y, aunque no lo expresa en mayores palabras, porque su español aún es muy limitado, cuando le hablan sobre Chile hace una mueca y agrega: “No me gusta”. Si pudiera comprar un boleto de avión y regresar a su país, lo haría sin pensarlo, pero reconoce que su familia es feliz acá.

Entre las dificultades que han enfrentado desde su arribo a Chile, tienen en especial consideración las largas esperas que debieron realizar para regularizar sus papeles migratorios. Ellas, al igual que los haitianos que aparecieron en los medios de comunicación, también hicieron filas junto a sus familias de seis u ocho horas.

“El Presidente nos mintió porque dijo que a las personas que se inscribieron en el proceso les iba a dar todos los papeles que necesitaban, pero no fue así”, dice Esmeralda.

La experiencia forma parte del proceso de regularización de migrantes irregulares impulsado por el gobierno de Piñera a partir de abril de 2018, instancia en la que miles de migrantes llegaron hasta los puntos habilitados formando filas que se extendían a lo largo de cuadras y acusando desinformación.

La pena de las niñas

A sus compañeras chilenas les molesta que Eldana, Jesula, Esmeralda, Victoria, Dilunie y Astmide se comuniquen entre sí en creole. “Creo que hablamos mal de ellas, y eso no es así, es sólo que es más fácil hablar así entre nosotras”, explican.

Aunque las 6 alumnas haitianas del Liceo Corina Urbina fueron recibidas y acompañadas por sus compañeras chilenas, saben que a sus espaldas hablan de ellas. “Creo que es por nuestro color”, dice extrañada y entre risas Jesula.

En otra zona del colegio, la directora Wilta Berríos dice desde su oficina que “las niñas a esta edad son así, no lo hacen de malas. De repente les molesta porque las haitianas tienen un olor más fuerte”.

Esmeralda comenta sin vergüenza frente a sus compañeras haitianas que ha llorado de pena después de escuchar lo que las otras alumnas comentan a sus espaldas. No lo ha hecho en el colegio, pero sí al llegar a su casa, tras una jornada entera aguantando las lágrimas. Las demás también reconocen que se han sentido tristes.

- ¿Qué les gustaría cambiar acá para que fuera más fácil o mejor? -pregunta la profesora de orientación en la sala del 3º medio, mientras el resto de sus compañeras están en el patio, ensayando el baile que presentarán en la Revista de Gimnasia.

Después de un largo silencio, Esmeralda responde:

- Cambiaría la mente de las personas que discriminan. Porque no es fácil cuando alguien deja su país. Dejar todo lo que tenías, familia, amigos, aprender un idioma diferente, es muy difícil. Creo que las personas que discriminan lo hacen porque nunca han salido de su país para ver la realidad.

Cuando vuelve a sonar la campana las chicas haitianas salen a recreo y llegan las alumnas de 3° medio. Algunas se aprietan las narices con los dedos haciendo muecas de desagrado. Un par de ellas abren las ventanas y se quejan con la profesora.

- Está hediondo -le dicen, mirando con recelo.
- Disculpen chiquillas, estábamos conversando con sus compañeras haitianas y tuvimos que cerrar las ventanas porque entraba el ruido de la música, por eso está un poco pesado el aire. Si hubiera sabido que les molestaba, nos habríamos ido a otra parte -responde la docente.
- No se preocupe profe, si da igual -responde otra estudiante desde la parte posterior de la sala.

Ya en el patio, las chicas haitianas se dividen en dos grupos. Dos de ellas se sientan sobre el suelo a tomar el sol, mientras el resto camina rumbo a las graderías donde hace un rato ensayaban las alumnas de 3° medio.

CAPÍTULO 5: OBREROS HAITIANOS EN SAN BERNARDO

Experiencia en Tecnotambores

Una microdel recorrido 119 se detiene frente a la bencinera JVL Combustibles y, al abrir sus puertas, baja un puñado de trabajadores madrugadores con jeans gastados y mochilas cargadas en sus espaldas. De las micros Peñaflor bajan unos cuantos trabajadores más. Para llegar a su destino aún les queda caminar un buen tramo. Algunos amenizan los minutos restantes con chistes y sopaipillas de los carritos que se reparten por la calle desde que sale el sol hasta la salida de los últimos obreros a eso de las 19:30 horas.

Tecnotambores S. A. es una fábrica de envases industriales y contenedores ubicada en Lago Llanquihue, en la comuna de San Bernardo. Hacia allá se dirigen los obreros. El olor del lugar es nauseabundo, una mezcla del material que se utiliza para fabricar y reciclar los tambores, con el alimento para perros que se produce en la fábrica de al lado.

Después de tomarse un café y comer una marraqueta con mermelada preparada en el casino por la señora María, los hombres se ponen sus overoles, sus zapatos de seguridad y antiparras, y a eso de las 7:30 horas comienzan la jornada laboral.

Hace un par de años la fábrica, así como varias otras del sector y de Santiago en general, comenzó a recibir haitianos para la realización de sus faenas. En 2017 llegó a haber cerca de una quincena de ellos. A los jefes les gustaba recibirlos porque los consideraban “más responsables que los chilenos”, pero con el resto de los trabajadores la dinámica era distinta, sobre todo con los más viejos.

No faltaban los chistes racistas y el bullying a la hora de almuerzo. Tampoco las recriminaciones cuando no se alcanzaba la producción diaria de envases. Quien los cuidaba era el

personal del casino, siempre atentos a las comidas que no les pudieran gustar y con un segundo plato bajo la manga.

Mientras tanto, ellos continuaban impertérritos con sus labores: mover tambores, meterlos al horno, reacondicionarlos, cargarlos a la línea de pintura, pintarlos y llevarlos nuevamente al horno, para finalmente apercharlos.

Vederson y Josue

Entre 2015 y 2016 la cantidad de migrantes en San Bernardo aumentó en un 121%⁵. Después de Quilicura, Estación Central y Santiago, San Bernardo se convirtió en la cuarta comuna de Chile con más haitianos, quienes la han elegido por su gran número de fuentes de trabajos industriales. Pedro Aguirre Cerda es la quinta.

Vederson Bolivar (26) llegó el 9 de diciembre de 2015, enviado por su mamá desde Haití a vivir en Santiago con sus primos y primas. Allá ella quedó sola, con la esperanza de que a su hijo le iría mejor en Chile, donde varias de sus conocidos habían partido a probar suerte. Sin embargo, aún hoy ella se rehúsa a seguir esos ejemplos. Le causa pavor los relatos de frío que escucha de esos mismos conocidos.

En Haití Vederson era mecánico automotriz, pero en Chile no se ha podido desempeñar en su oficio, y hapasado por un lavaseco y ahora por Tecnotambores. En Haití la vida para él era más fácil. Al ser hijo único, su mamá lo consentía en todo. En Santiago, sin embargo, debe arreglárselas por sí mismo, aunque eso le gusta. Aún así, cuenta los días para regresar a su casa en alrededor de cuatro años más, cuando supone que habrá reunido suficiente dinero como para que su mamá acepte que regrese.

Josue Philemon (39), su compañero, llegó a Chile en marzo de 2013. Lo hizo solo, con la intención de buscar mejores oportunidades de trabajo. Un año después lo siguió su esposa y su hijo de cinco años.

⁵*Inmigrantes con permanencias definitivas en las comunas de Chile. ¿Qué nos dicen los datos 2006-2016?* Dirección de Estudios AMUCH, mayo 2017.

Al igual que Vederson, Josue estudió mecánica automotriz en Haití, pero no se ha podido desempeñar en eso. En Chile ha trabajado como vendedor de flores en Independencia y ahora en Tecnotambores. A su primer trabajo renunció cuando en la empresa no le quisieron dar permiso para ir a matricular a su primogénito al colegio. En 2017 su esposa dio a luz en Chile a su segundo hijo.

Tanto Vederson como Josue han sufrido episodios de discriminación en la fábrica, aunque ellos intentan bajarle el perfil. “Una vez un compañero me dijo algo malo, fui a la oficina y después todo bien”, dice Vederson. Josue es más explícito y cuenta que un colega le dijo que “todos los haitianos son *culiaos*”. Dice que no es la gran cosa, “son sólo palabras, insultos”. Por eso prefiere ignorarlos.

Lo que sí le duele es cuando molestan a su hijo de nueve años. Sus compañeros de colegio acostumbraban a decirle “chocolate”, hasta que se aburrieron. “Ahora no hay problema porque se acostumbraron”, comenta.

Con discriminación o no, Tecnotambores ha disminuido considerablemente la cantidad de haitianos que trabajan en la fábrica. Actualmente sólo quedan ellos dos. Desde la gerencia argumentan que “se pusieron flojos para la pega”.

Quien sí se atreve a hablar de discriminación es el cuñado de Josue, Herode, un ex trabajador de Tecnotambores.

La pérdida de Herode Gesse

Como todos los demás, de lunes a viernes Herode Gesse (25) tomaba una micro del recorrido 119 para dirigirse a su trabajo. Caminaba en las mañanas desde la casa que compartía con una de sus hermanas y su familia en Buzeta hasta el paradero, donde esperaba junto a varios compatriotas y hacía un recorrido de cerca de 40 minutos en micro hasta Santa Margarita, en la comuna de San Bernardo. La micro iba llena mañana y tarde, por lo que Herode hacía el recorrido todos los días parado.

El recorrido lo hacía religiosamente desde noviembre de 2016, cuando llegó a Chile siguiendo a su hermana, en búsqueda de más y mejor trabajo. Sus papás, ansiosos por darle una mejor oportunidad, lo ayudaron a juntar el dinero necesario para concretar el viaje y compró el primer pasaje rumbo a Santiago.

Cuando abordó el avión en Puerto Príncipe, Herode tenía 23 años y su novia siete meses de embarazo. El bebé no fue planificado, ni siquiera había planes de casarse. Preocupado por la dificultad de criar a un hijo en un país donde escasea el trabajo y los servicios básicos, aceptó lo que todos en su familia le aconsejaban: dejar su querido Haití.

Atrás dejó a sus padres, a su novia embarazada, a sus tres hermanos menores y al calor de su tierra natal. Cambió todo eso por una ciudad de inviernos crudos donde la gente tiene otras ideas, otras costumbres, otro idioma y otro color.

Una vez en Santiago consiguió rápidamente trabajo en Tecnotambores, gracias al apoyo de su cuñado. Ahí se dedicaba principalmente a apilar tambores. Pese a que no había terminado su escolaridad, su español era superior al de varios de sus compatriotas. Eso hacía que se llevara bien con sus compañeros chilenos, con quienes bromeaba y reía, haciendo más amena la calurosa jornada de trabajo. Era uno más en el equipo de fútbol de los fines de semana y uno más en la aplastante cadena de trabajo.

A comienzos de enero de 2017, a 5.700 kilómetros de distancia, nació Stevenson, su primogénito. Herode lo conoció a través de una fotografía recibida por WhatsApp en su celular y reconoció en él su nariz; los ojos no, los ojos eran de su mamá. Quiso abrazarlo, pero en lugar de eso seleccionó la imagen como fondo de pantalla y continuó trabajando. Feliz, y orgulloso, comenzó a llamarse a sí mismo “el rey del aperchado” y mostró la foto a quien se cruzara en su camino.

La felicidad, sin embargo, fue efímera. Sólo dos meses después su novia cayó enferma; en Haití nadie entendió muy bien por qué. Ingresó un miércoles al hospital y al jueves siguiente falleció, internada, por una afección al corazón. Herode estaba trabajando cuando se enteró de la noticia. Ese día lloró solo, en el baño, pero durante el tiempo justo para que no notaran su ausencia en la planta. Volvió y no le contó a nadie sobre su pérdida. Esa noche cambió el protector de pantalla de su celular, con la foto de su hijo, por una foto de su novia fallecida.

En marzo de ese mismo año, después de cumplir 24, Herode se matriculó en un 2x1 para sacar la enseñanza media. A mediados de año lo despidieron de Tecnotambores, sin mayores explicaciones.

“Yo siempre entraba temprano, porque comenzaba a las 7:30 AM. A las 12:00 todos salían a almorzar. Mi trabajo en Tecnotambores era aperchar los tambores. La última cadena que traía los tambores salía a las 11:30 horas, entonces como a las 12:10 o 12:15 horas, recién podía estar aperchando los últimos salidos del horno. Recién a las 12:15 salía cada día a almorzar. Cuando sonaba el timbre para entrar a las 12:45, el jefe que estaba en esa línea me obligaba a entrar igual, pese a que había salido 15 minutos después que los demás. Un día le dije que no: ‘usted ha visto cuando yo salgo’. Después de discutir algunas veces sobre eso, fui donde otro jefe, y no me hizo caso. Yo creo que por eso mismo me echaron”, dice Herode.

“Yo no me siento discriminado, yo me siento humillado. Todas las semanas era lo mismo. Yo trabajaba con otros dos chilenos y a ellos nunca les pasó eso”, agrega.

Aunque su sueño es ser político, cuando terminó la escolaridad Herode se matriculó en el AIEP en la carrera de técnico en electricidad. Acomodó sus sueños y ahora anhela regresar a su país y ayudar a electrificarlo. Cuenta que, cuando aún vivía en Haití, por las noches iba a la playa para contemplar el espectáculo de luces de Estados Unidos que se veía desde la orilla.

Ahora Herode vive en un block de departamentos en San Bernardo y, mientras estudia, trabaja en la empresa Precisión en el área eléctrica. Orgulloso, saca de su mochila las dos últimas pruebas que le tomaron en el AIEP, donde también estudian otros haitianos. Una de ellas es un 7.0 y la otra un 4.4. Exhibe las dos por igual, en ambas superó con creces a sus compatriotas.

CAPÍTULO 6: ¿RACISMO O APOROFOBIA?

Discriminación en el Transantiago

Un bus del recorrido 303 que conecta Plaza Italia con Quilicura se detiene en el paradero del Metro Santa Ana a las 16:00 horas de un miércoles. Suben alrededor de 10 personas, de los cuales sólo la mitad hace sonar su Bip! El onceavo es un inmigrante haitiano.

El hombre acerca su tarjeta al validador, pero la luz que se prende es de color rojo. Lo ignora y sigue de largo, como lo hicieron otras 5 personas que subieron antes que él. El chofer, que hasta entonces había permanecido quieto en su asiento, se asoma por su ventanilla y le grita al migrante, que ya se sentó en la parte posterior de la micro:

- Bájate negro. Si no *pagái* te tenis que bajar.

El hombre decide no hacer caso, pero ante las reiteradas descalificaciones, responde:

- ¿Y todos los otros que subieron sin pagar? Racista.

Se para de su asiento y sale por la puerta trasera, que había permanecido abierta solo para él. El resto de los pasajeros permanecen callados.

En otro paradero de la Región Metropolitana, pero en la comuna de Maipú, la micro que conecta Ciudad Satélite con el centro de Santiago lleva uno de sus validadores en mal estado. Aunque las tarjetas sí marcan y activan la luz verde, el bip es casi imperceptible, sobre todo para el conductor que lleva audífonos y se sienta tras la ventanilla.

Pasa la primera persona, el bip no suena. Pasa la segunda persona, el bip no suena. Pasa la tercera persona, el bip sigue sin sonar. El cuarto es un inmigrante haitiano.

Como todos los que lo antecedieron, acerca su tarjeta Bip! al lector, que enciende una luz verde pero no emite ningún sonido.

- ¿A dónde *vai*? No pagaste.

El hombre, confundido, se devuelve y acerca su tarjeta una vez más al validador. Se enciende la luz verde, pero el chofer no la ve desde su posición.

- Si no *tenis* plata, no te *podís* subir a la micro.
- Estoy pagando, ¿no ve? -contesta el migrante en un español dificultoso, mientras acerca su tarjeta dos veces más al validador.

Finalmente, un tercero interviene. Un joven que está de pie en el paradero le explica al chofer que el haitiano ya ha pagado cuatro veces, que en las cuatro ocasiones se ha prendido la luz verde del validador, pero que éste no emite sonido. El viaje a Los Héroes en una micro destartalada de la discontinuada operadora Alsacia le cuesta \$2.640.

Racismo en el Metro de Santiago

Ernst Yngugnack -alias Black Peat- trabajó durante algunos meses como conserje en un edificio cerca del Metro Mirador, en la comuna de La Florida. Ida y vuelta se trasladaba en el subterráneo, desde o hacia su casa en Estación Central.

Un día, cuando ya llevaba tres meses haciendo el mismo recorrido, se subió a un vagón casi vacío y se sentó, cansado tras cumplir con el turno de noche. A la estación siguiente, en Pedrero, se subió un hombre que, tras ignorar todos los asientos vacíos, se dirigió hasta Ernst y le ordenó que se parara.

Desconcertado, Ernst observó que el vagón estaba casi vacío, a excepción de otras cinco personas. El cansancio se le fue de golpe, no lo pensó mucho y se paró. En lugar de volver a tomar asiento, se acercó a la puerta.

“A la estación siguiente ya no podía aguantar y me bajé llorando. Dos personas bajaron conmigo, dos señoras que me abrazaron y me dijeron que tenía que aguantar, porque la vida es así”, recuerda.

Cuando llegó el siguiente metro, Ernst y las mujeres lo abordaron juntos. “Aprendí que en todos lados hay gente buena y gente mala, y hay que aguantarse no más”, afirma.

Aporofobia: “El chileno le tiene miedo a la pobreza”

Áporos en griego significa “sin recursos”, y *fobos* significa “temor” o “pánico”. Reunidos en la palabra *aporofobia*, significan miedo a la pobreza. Ese es el término que la filósofa española Adela Cortina acuñó para explicar las raíces de la xenofobia y la discriminación a los migrantes en distintas partes del mundo.

En Chile, la llegada de migrantes haitianos se convirtió en la definición de este nuevo término.

Aunque Rose Cafay -la mujer haitiana que se vino desde Venezuela- se siente más segura en las calles de Santiago que en las de Caracas, ha vivido en Chile episodios que nunca vivió en Venezuela. En los alrededores de su casa ha escuchado gritos dirigidos a ella y su familia en múltiples ocasiones. Les gritan cosas como “¡váyanse para su país!”, “¡no los queremos aquí!” y “¡negros *culiaos!*”.

“A veces son personas de muy baja educación”, afirma Rose, quien ha recibido más insultos en las calles de Quilicura, un barrio obrero, que en las calles de Ñuñoa, donde ha trabajado como niñera. “He recibido más ataques de este tipo de personas que de personas más cultas, más educadas, que han viajado”, agrega.

Pero las calles de Quilicura son tranquilas comparadas con los comentarios que recibe en redes sociales. En las fotos que comparte de su familia, a sus hijos los han llamado desde “monos” hasta “sidosos” y “leprosos”.

Historias de discriminación, Rose tiene varias. En una ocasión uno de sus amigos llegó hasta el Persa Bío Bío para vender su carrito de comida. Cuando un grupo de chilenos le preguntó por qué lo vendía y él respondió que tenía la intención de irse de Chile, el grupo rompió en aplausos, riendo y exclamando: “¡Uno menos!”.

Y continúa: “Conocí a un chico que me contó que estaba en un paradero cuando se paró un bus que no era el suyo, así que se quedó ahí parado. Cuando este bus iba a arrancar, abrieron la ventana, y le tiraron un gran escupitajo en la cara. Y le gritaron ‘¡negro *culiao!*’. El autobús arrancó y no pudo hacer nada. Y el niño se limpiaba y lloraba y lloraba, y me decía: ‘No lloro por débil, lloro de la rabia’. Me dice que todos los días ora a Dios para no encontrarlo cara a cara, porque tiene grabada la cara de ese chico. Dice: ‘Yo lo llego a ver de frente, es tanta la rabia que tengo, que puedo cometer un delito’”.

Durante sus primeros años en Chile, Rose solía creer que los chilenos no eran racistas. “Un poco clasistas, sí, pero no racistas”, recuerda que pensaba. Las cosas han cambiado. “Después de haber vivido muchos episodios, ahora digo que claramente hay un fuerte movimiento racista en Chile. Porque perseguirte, mandarte videos, mandarte mensajes, meterse con tus hijos, con tu familia, con tu imagen, con todo, criticar cosas estúpidas hasta como tu peinado, tu ropa, meterse con tantas cosas... da miedo”, comenta.

“¿Y por qué contra los haitianos?”, se pregunta a sí misma. “Porque a lo que el chileno tiene más miedo es a la pobreza. Porque el haitiano es un migrante pobre, sólo por eso. Porque no dicen lo mismo de los venezolanos”, se responde.

Adiós Haití: Rechazo en la comunidad haitiana

Yvenet Dorsainvil -el profesor de francés- piensa algo similar a Rose: “El chileno tiene un problema con la pobreza. El hecho de que Haití es un país pobre y los haitianos son pobres, es un problema y nos repiten mucho eso. No es que creamos eso, nos lo repiten todo el rato, que somos muertos de hambre y que nos devolvamos a la selva”.

Con sus amigos, Yvenet hace un experimento. Se suben 10 haitianos, todos juntos en un vagón de metro. “Todos nos miran con cierto rechazo y se nota mucho. Algunos bajan, algunos se ponen de lado”, asegura. Cuando se separan y van cada uno en un vagón distinto, “todo bien”.

“Sí sentimos en algún momento que hay un fuerte racismo, pero ¿qué pasa con el negro que viene de Estados Unidos? Lo ven de otra forma. Una vez fui a una tienda, necesitaba

información, y se me ocurrió hablar en un español mezclado con inglés. Me recibieron muy bien. Pero cuando el español es como el creole y se nota que soy haitiano, es otra cosa”, comenta.

Por eso Yvenet y varios miembros de la comunidad haitiana salieron a criticar la miniserie documental de Canal 13 *Adiós Haití*, una producción estrenada en enero de 2018, conducida por la periodista Sol Leyton, en la que recorrían varios barrios pobres de Haití intentando explicar por qué los haitianos deciden dejar su país.

A través de un comunicado en Facebook, la comunidad haitiana en Chile expresó su “más rotundo rechazo” porque “se presenta una información tendenciosa, incoherente, mal intencionada, y en su contenido hay imágenes que atentan contra los derechos fundamentales de nuestros niños, establecidos en la Convención de los Derechos de los Niños, suscrita y ratificada por Chile y que propiciará, aún más, reacciones negativas en contra de la migración haitiana establecida en Chile”.

En el primer capítulo la periodista recorría Cité Soleil, uno de los barrios más pobres de Haití, donde la gente se lava con agua contaminada, botan basura en las calles, comen galletas de barro y las familias abandonan a sus hijos. En el segundo capítulo visitaba la Escuela Ángel Mackenson, donde interactuaba con niños que habían llegado en estado de desnutrición severo.

Cuando Yvenet se quejó a través de redes sociales, sus propios amigos le preguntaron por qué no quería que mostraran imágenes de su país. “Pero es que lo que están mostrando yo no lo conozco”, les respondía.

“No estoy diciendo que soy más que esas personas que viven ahí, pero yo quiero ver todas las partes de mi país también. No me gusta que muestren la basura ignorando toda la otra parte en un país que está tratando de salir adelante. Haití es un país que tiene 12 departamentos, casi 150 comunas, no es solamente Cité Soleil. Yo no vi Liancourt, por ejemplo, no vi Labadee, no vi Pétion-Ville, no vi Belleville. Podrían haber mostrado dónde dormían, por lo menos, porque me imagino que no durmieron en la basura”, reflexiona.

Abandono

El caso de discriminación más mediático fue el que vivió Joane Florvil, una haitiana de 27 años.

Joane Florvil murió el 30 de septiembre de 2017, a un mes de haber sido separada de su bebé. El 30 de agosto de ese año, en un episodio confuso en el que intentó recuperar la mochila robada de su marido -en la que estaba su pasaporte y el carnet para el consultorio de su niña- dejó a su guagua de dos meses al cuidado de un funcionario de la Oficina de Protección de Derechos (OPD) de Lo Prado. O eso pensaba ella. Las únicas palabras que logró pronunciar en español fueron “ayuda, marido”.

Su intención no había sido abandonar a la menor, pero cerca de las 18:00 horas Carabineros de la 48 Comisaría de Asuntos de Familia en Santiago recibieron una denuncia en su contra por abandono. Tres horas después la llevaban detenida y a la madrugada del día siguiente era trasladada a la ex Posta Central con heridas, donde después de un mes sin ver a su hija, falleció a sus 27 años. El caso nunca se esclareció, pero la justicia chilena determinó que era inocente del abandono de su bebé.

El caso de Joane Florvil gatilló una serie de manifestaciones por parte no sólo de la comunidad haitiana, sino también de muchos chilenos indignados por el caso. Su muerte encendió el debate sobre el racismo en Chile y la precaria atención que reciben los ciudadanos haitianos en el país. Un año después de su muerte, en septiembre de 2018, el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) presentaría una denuncia por el caso y la ausencia de resultados de la investigación.

Su muerte no ha sido la única que se ha tomado los medios con fuerza. El miércoles 18 de abril de 2018 una mujer haitiana de 56 años falleció en la comuna de Estación Central tras esperar durante cuatro horas la llegada del SAMU de la comuna. Sus cercanos acusaron discriminación porque cuando realizaron la llamada a las 08:25 horas, los operadores les preguntaron por su nacionalidad.

Luego el SAMU Metropolitano reconoció que se les realizó dicha pregunta “para saber si venía de un país con un sistema de salud menos dotado que el chileno”.

CAPÍTULO 7: PLAN RETORNO

Se gesta el plan retorno

“Queremos que el Gobierno nos dé una mano amiga, son miles los haitianos que quieren retornar”. Esas fueron las palabras que uno de los voceros de la comunidad haitiana dijo al diario *El Mercurio* a fines de agosto de 2018, tras una reunión con la comisión de Gobierno Interior y Regionalización.

“Me han pedido, ‘¿quién me puede ayudar a volver a Haití?’”, comentó en esa ocasión William Pierre, acusando que muchos no tienen trabajo o dónde vivir, y ni siquiera qué comer.

El 30 de agosto, sólo cinco días después de esa declaración, el Gobierno chileno ya estaba evaluando patrocinar un avión para que los haitianos que así lo quisieran pudieran regresar a su país, y ya se le denominaba “plan retorno”. Una semana después, el 7 de septiembre, el subsecretario del Interior, Rodrigo Ubilla, anunciaba que existía la posibilidad de usar uno de los aviones que la Fuerza Aérea de Chile (FACH) pone a disposición del Presidente de la República.

El Plan Humanitario de Regreso Ordenado, conocido mediáticamente como “plan retorno” para haitianos, se tramitó en tiempo récord. Tras la declaración de Pierre a fines de agosto, en menos de un mes el Gobierno había firmado el plan, con reglas claras y controversiales. Entre ellas estaba que quienes se acogieran al plan no podrían regresar a Chile durante los próximos nueve años, y que los migrantes con hijos o cónyuges deberían realizar el trámite de manera conjunta.

Aunque el Gobierno insistió en que el plan no obligaba a ningún haitiano a irse del país, la comunidad migrante lo tomó con recelo y muchos se lanzaron contra William Pierre, a quien acusaban de no expresar adecuadamente las inquietudes de los migrantes. Otros criticaron al Gobierno por actuar con tanta eficiencia en esta medida y con tanta lentitud en otras que se venían exigiendo desde hace más tiempo atrás, enfocadas a regularizar la situación de los

migrantes, como tramitar de manera más rápida la entrega de antecedentes penales para obtener el permiso de trabajo.

Así lo plantea también el director nacional del Servicio Jesuita a Migrantes (SJM), José Tomás Vicuña, quien acusa que la falta de permiso de trabajo es la principal causa de los migrantes para querer devolverse a su país. Afirma que la demora sólo “entorpece el proceso de inclusión”.

Desde la Plataforma Nacional de Organizaciones Haitianas en Chile (PLANOHCH), expresaron a través de un comunicado su “desacuerdo y rechazo con el llamado ‘plan retorno’, que no es otra cosa que una deportación encubierta, forzada y no voluntaria de haitianos”. También señalaron que se hacía “evidente el racismo sistemático” tras la iniciativa.

El plan del Gobierno de Piñera fue comparado con uno similar aplicado en España tras la crisis económica de 2008, la cual hizo que muchos migrantes quedaran en una situación compleja. Las diferencias, sin embargo, son más que las similitudes. El plan del país europeo establecía dos programas: uno de atención social con atención jurídica, médica y psicológica, que cubría los gastos del pasaje y les entregaba una cifra de dinero para ayudar en su reinserción; y otro productivo con asistencia técnica y ayudas económicas para emprendimientos. Otra diferencia es que dicho plan establece un plazo de tres años antes de que el migrante pueda regresar a España. Una de las comunidades que más lo utilizó fue la chilena, con 1.137 ciudadanos retornados entre 2009 y 2016⁶.

La medida se concretó en Chile con 1.087 inscritos. Finalmente se dispuso del uso de un avión de la Fach y el primer vuelo se realizó el miércoles 7 de noviembre, con 160 haitianos a bordo, de los cuales 130 eran hombres y 30 eran mujeres. El ciudadano haitiano n° 161 se arrepintió minutos antes de subir al avión y dijo que se quedaba porque no quería abandonar a su novia. Desde el DEM confirmaron que el viaje tuvo un costo superior a los 100 millones de pesos y que el próximo se realizaría a fines de noviembre. También afirmaron que hay ciudadanos colombianos y dominicanos que figuran inscritos.

⁶Retorno ¿humanitario? Capítulo de 360° del 7 de noviembre de 2018. CNN Chile.

“Estaban desesperados por deshacerse de nosotros”

Antes de la reunión que sostuvo Pierre con las autoridades chilenas, él se reunió con miembros de la comunidad haitiana organizados tras el *fanpage* Comunidad Haitiana en Chile. En esa ocasión la discusión giró en torno a la entrega de antecedentes por parte de la embajada de Haití en Chile, esenciales para tramitar la entrega de visados. Se daban cuenta de que la embajada no tenía los recursos para responder a la amplia demanda de miles de haitianos que buscaban regularizar su situación en Chile, y se les ocurrió pedirle al Gobierno que colaborara para agilizar el proceso y, así, permitir que los haitianos cesantes pudieran comenzar pronto a buscar trabajo.

Rose Cafay, que forma parte de la administración del *fanpage*, no estaba enterada de que Pierre pediría otro tipo de ayuda al Gobierno, y verlo en los medios la sorprendió. Aún así, reconoce que sí había compatriotas que pedían una forma de regresar a Haití.

“Había mucha gente que lo pidió, pero nos ha sorprendido que ahora hay menos personas interesadas de las que pensábamos. La gente se ha ido retractando, cambiando de opinión. Es porque las personas no van a estar mejor en Haití, y yo se lo digo. A las personas que me dicen que se quieren ir con el plan retorno, yo les regunto: ‘¿Estás segura de que va a ser para mejor? Si estás segura, eres grande, mayor de edad, firma ante notario y listo’”, comenta Rose.

También dice que muchos sienten que el Gobierno estaba esperando una oportunidad como ésta para aplicar el plan retorno y que “ahora provechan de decir que fue la comunidad haitiana la que lo pidió”. La rapidez con la que se tramitó la medida levanta suspicacias en los migrantes. “Todos se movieron, una sola reunión y menos de un mes ya estaba todo montado. Ya están los fondos disponibles y los aviones disponibles. Es como si hubieran estado esperando a que William dijera lo que dijo”, dice Rose.

Desde que el Gobierno anunció el Proceso de Regularización Extraordinario, la comunidad migrante comenzó a moverse para lograr que, mientras éste se ejecuta, las autoridades permitan a los extranjeros trabajar con algún permiso simple, ya que quienes se encuentran tramitando sus papeles, no pueden acceder a empleos.

Rose asegura que muchos de quienes quieren retornar a Haití lo hacen porque no tienen permiso para trabajar: “Mientras tanto, ¿qué comen los migrantes? Eso no es un proceso de

regularización, eso lo que está trayendo es una situación más precaria, más hacinamiento a los extranjeros. Nadie nos pescó, y cuando hablaron del plan retorno todos se emocionaron. La comunidad sintió que estaban desesperados por deshacerse de nosotros”.

Disputa en la comunidad

Clossaire Cher-enfant, coordinador de la Mesa Nacional de Migrantes, critica fuertemente las declaraciones de William Pierre y asegura que no tiene autoridad para hablar en nombre de la comunidad haitiana. Se muestra muy molesto porque dice que el plan retorno no se conversó ni se sometió a votación.

“No sé cómo encontraron la forma de hablar con el Gobierno, y además tuvieron el descaro de pedirle un avión para nuestros compatriotas. Eso no se hace. Un haitiano que viene a Chile se gasta miles de dólares y vende todo lo que tiene para pagar el pasaje de avión. Las personas que vuelvan lo van a hacer sin un centavo, ¿cómo van a vivir?”, se pregunta, exaltado.

Clossaire llegó a Chile en abril de 2016, a vivir con su primo en la comuna de Quilicura. Antes había pasado por República Dominicana, donde trabajaba como periodista, y por Venezuela, donde estudiaba Derecho hasta que tuvo que abandonar la carrera por el estallido social que afectó al país. En Chile trabaja en el mantenimiento metálico del Metro de Santiago, labor que realiza durante la noche.

En Quilicura todos los haitianos lo conocen. Cuando camina por las calles sus compatriotas lo detienen para contarle sobre sus vida y pedirle consejos. En la Oficina de Migrantes y Refugiados lo reciben a cualquier hora y tienen a la Mesa dentro de su base de datos.

En las calles de Santiago Clossaire ha visto anuncios de empleo que especifican que no se reciben haitianos. Asegura que si entra un venezolano a preguntar por la oferta de trabajo, al día siguiente está contratado. “No debería haber un trato diferente. Por eso, si William iba a hablar

con el Presidente tenía que pedirle que ayudara a los haitianos a poder trabajar y así conseguir dónde vivir”, critica.

William llegó a Chile desde Les Gonaïves hace tres años y medio, junto a su esposa y tres hijos. Lo hizo buscando poder desenvolverse en su profesión: técnico en ingeniería civil con un magíster en gestión humana. Su primer trabajo fue como supervisor en una empresa de servicios de aseo. Lo despidieron a los 21 días de iniciada su gestión, cuando empezó a exigir el contrato. Su trabajo en terreno lo llevó a convertirse en una especie de vocero de la comunidad haitiana. Aunque algunos no lo reconocen como tal, lo cierto es que hasta hace poco los medios lo contactaban a él cuando requerían la opinión de un migrante de esa nacionalidad.

El panorama para el supuesto vocero se complicó cuando *La Tercera* reportó que tras la reunión con el Gobierno había logrado tramitar su residencia express. En concreto, en julio de 2017 Pierre había presentado un contrato de trabajo falso y el Ministerio del Interior había dispuesto su salida en un plazo máximo de 30 días. Él, sin embargo, ignoró la obligación y presentó un nuevo documento en diciembre de ese mismo año, ahora válido. Ocho meses después, el 28 de agosto, tras ocho días de su reunión con el Ejecutivo, su solicitud fue revisada en 45 minutos por funcionarios de Extranjería, recibiendo el visto bueno del director del DEM, Álvaro Bellolio.

Preguntado sobre si había un pago de favores en la situación, el vocero de la Plataformade Migrantes Haitianos (POH), Marc Dezinord, afirma que eso se dio a entender.

Por su parte, William Pierre se defiende y dice que hay “una campaña mediocre en contra de su equipo de trabajo” por parte de miembros de la propia comunidad haitiana. “Hay un tema de intereses de la comunidad”, asegura, y agrega que “al Estado de Haití tampoco le gusta que vayan tantos haitianos de vuelta”. Sin embargo, no especifica cuáles son los supuestos intereses del grupo que estaría intentando perjudicarlo.

Lo que sí comenta es que en la comunidad “hay un gran vacío” y que “nadie quiere hacerse cargo”. Por eso le indigna que cuando finalmente él hace algo, la mayoría salga a criticarlo. “¿Qué hacemos como comunidad? Nada”, comenta, visiblemente enojado.

Ley de migración

En abril de 2018 el presidente Sebastián Piñera firmó el proyecto de Nueva Ley de Migración, mediante el cual pretendía “ordenar la casa”. El proyecto modificaba la ley que para entonces ya se discutía en el Congreso. Los principios de la medida eran “una migración segura, ordenada y regular”, preceptos que se condecían con lo que había sido su campaña presidencial de 2017 en temas de inmigración: cerrar las puertas a la delincuencia y el narcotráfico internacional, y dejalar abiertas sólo para lo que a su juicio “le hace bien a Chile”, la gente trabajadora y respetuosa de las leyes.

Las indicaciones contemplaban laprohibición de la entrada al país a personas con antecedentes penales, la simplificación del proceso de expulsión a quienes violen la ley, establecía que la residencia temporal sólo podría solicitarse fuera de Chile, creaba de un Registro Nacional de Migrantes, implementaba un Consejo de Política Migratoria y un Servicio Nacional de Migración, y creaba una visa consular para haitianos y una visa de responsabilidad democrática para venezolanos. Junto a esto anunciaba el comienzo del proceso extraordinario para migrantes irregulares.

El proyecto del mandatario fue ingresado el 10 de abril y hasta la actualidad continúa tramitándose en la comisión de gobierno interior de la Cámara de Diputados. De concretarse su ejecución, será la primera actualización a la institucionalidad migratoria en 30 años. La actual legislación fue promulgada en 1975, plena dictadura militar, por Augusto Pinochet.

EPÍLOGO

Hasta el miércoles 21 de noviembre de 2018, 1.642 extranjeros habían sido expulsados de Chile por tener a su haber antecedentes penales, la mayoría de ellos -88%- por infracción a la Ley 20.000 de drogas. Según cifras entregadas por el DEM, las expulsiones corresponden principalmente a ciudadanos de origen boliviano, con 1.126 casos. Les siguen los peruanos, con 260, y los colombianos, con 232.

La primera expulsión mediática llevada a cabo durante el Gobierno de Sebastián Piñera tuvo lugar el jueves 16 de agosto con 51 ciudadanos colombianos, de los cuales 32 habían cumplido condena o parte de ella en Chile, y 19 habían cometido delitos en el país o eran requeridos por la justicia colombiana.

Ante cámaras fotográficas y de televisión, cada uno de los extranjeros recorrió el trayecto hacia el avión que los llevaría a Bogotá con las manos esposadas, la mirada al suelo y dos funcionarios de la PDI tomándolos cada uno de un brazo. La medida fue criticada por el Servicio Jesuita a Migrantes a través de su director, Tomás Vicuña, quien llamó al Gobierno a no estigmatizar a los extranjeros, considerando que las expulsiones se vienen realizando desde hace por lo menos cinco años, pero nunca antes habían sido televisadas. Desde el Ejecutivo, el ministro del Interior, Andrés Chadwick, afirmó que a fines de año esperaban haber expulsado a dos mil extranjeros con antecedentes.

De acuerdo a un oficio enviado por el subsecretario del Interior, Rodrigo Ubilla, a la Cámara de Diputados, entre el 1 de enero y el 23 de octubre de 2018 el DEM gestionó “con cargo a presupuesto vigente para tales efectos el pago de \$618 millones por concepto de pasajeros expulsados y escoltas”. En promedio, el valor del pasaje para un deportado es de \$466 mil y el de un escolta es de \$1.300.000 -ida y vuelta-. A esto se suman los \$47 millones que costó el traslado de los 51 migrantes colombianos el 16 de agosto a través de un avión de la Fach.

Aunque los haitianos no han salido esposados ni con un escolta a cada lado, el primer vuelo del Plan Retorno resultó igual o, incluso, más mediático que las expulsiones de migrantes con antecedentes penales. Había sido anunciado con bombos y platillos semanas antes de que se concretara y se convirtió en el tema de esa semana de agosto para los medios de comunicación, quienes informaron erróneamente que el número de migrantes que partía rumbo a Puerto Príncipe era de 176, cuando en realidad eran 160.

Uno de los factores primordiales para la salida de haitianos ha sido la falta de oportunidad de trabajo, especialmente a partir del plan de regularización impulsado por el Gobierno de Piñera. Las políticas de Estado en cuanto a migración han puesto el foco en sacar del país a aquellos migrantes cuyo color de piel es más oscuro.

Mientras esto sucede, en el norte de Chile la comunidad chilena afrodescendiente también es invisibilizada. En el resto del país es muy poco lo que sabemos sobre los esclavos africanos que llegaron a Arica en tiempos de la Colonia, o sobre los afrodescendientes peruanos libres que se asentaron después en esas tierras. Existe la creencia generalizada de que en Chile no hubo negros hasta la llegada de los migrantes haitianos.

Sólo en Arica se estima la presencia de cerca de ocho mil personas que reconocen orígenes africanos, pero ese es un dato que no podemos saber a ciencia cierta. El Estado chileno no ha querido incluir en el Censo la categoría afrodescendiente, pese a que esta comunidad se ha venido organizando desde comienzos de este siglo para eso suceda.

Por mientras, se discute en el Senado un proyecto de ley que busca reconocer a los afrodescendientes como un pueblo tribal chileno, con el objetivo de resguardar sus tradiciones y prácticas culturales y promoverlas a nivel educacional. A esto se suma la probabilidad de que la categoría de afrodescendiente sea finalmente incluida en el Censo de 2022, abriendo las puertas a un Estado un poco más inclusivo.

BIBLIOGRAFÍA

1. CANO, M., CONTRUCCI, M. y MARTÍNEZ, J. (2009). “Conocer para legislar y hacer política: los desafíos de Chile ante un nuevo escenario migratorio”. Santiago, Chile.
2. CARPENTIER, A. (2012). “El reino de este mundo”. Alianza Editorial, Madrid.
3. CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS (2017). “Estudio Nacional de Opinión Pública N° 79”. Recuperado de: https://www.cepchile.cl/cep/site/artic/20170601/asocfile/20170601155007/encuestacep_a_br_may2017.pdf
4. CENTRONACIONALDEESTUDIOSMIGRATORIOSDELAUNIVERSIDADDE TALCA (2017). “Migración e integración laboral”. Recuperado de: https://www.df.cl/noticias/site/artic/20170317/asocfile/20170317113958/presentacion_marzo_2017_migracion_e_integracion_laboral.pdf
5. CEPAL /OIT (2017). “Coyuntura Laboral en América Latina y el Caribe: La inmigración laboral en América Latina”. Naciones Unidas, Santiago.
6. DEPARTAMENTODEEXTRANJERÍA Y MIGRACIÓN DELMINISTERIODELINTERIOR Y SEGURIDAD PÚBLICA (2016). “Boletín Informativo N° 1: Migración Haitiana en Chile”. Recuperado de: <http://www.extranjeria.gob.cl/media/2016/09/boletin-1.pdf>
7. DEPARTAMENTO DE EXTRANJERÍA Y MIGRACIÓN DEL MINISTERIO DEL INTERIOR Y SEGURIDAD PÚBLICA (2017). “Reportes Migratorios: Población Migrante en Chile”. Recuperado de: http://www.extranjeria.gob.cl/media/2017/09/RM_PoblacionMigranteChile.pdf
8. FERNÁNDEZ, M. (2015). “Aproximaciones. La Revolución Haitiana, el Imperialismo norteamericano y una alternativa neopopulista”. Espejo de Mundos, Guaymallén.
9. FICK, C. (1990). “The Making of Haiti: The Saint Domingue RevolutionfromBelow”. Univ. Of Tennessee, Knoxville.
10. GALEANO, E. (1996). “La maldición blanca”. Revista Brecha No. 556, Montevideo.
11. GALEANO, E. (1971). “Las venas abiertas de América Latina”. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

12. GALEANO, E. (2010). “Los pecados de Haití”. Recuperado de:http://www.cubadebate.cu/opinion/2010/01/15/los-pecados-de-haiti/#.W-zcxi_SHBI
13. INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS (2018). “2ª Entrega Resultados Definitivos Censo 2017”.
14. MARTÍNES, J. (2009). “Haití, el Antiguo Régimen”. Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires.
15. MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL, SUBSECRETARÍA DE EVALUACIÓN SOCIAL (2016). “Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional 2015: Inmigrantes, Principales Resultados”. Santiago, Chile.
16. MONTESQUIEU, C. (2002). “El Espíritu de las Leyes”. ISTMO, Madrid.
17. MORISON, S. (1972). “The Oxford History of the American People”. Mentor, Nueva York.
18. ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL PARA LAS MIGRACIONES (2006). “Derecho internacional sobre migración: Glosario sobre Migración n° 7”. Ginebra, Suiza.
19. REY, C. (2005). MINUSTAH. Actores, organización y objetivos. En *Crisis locales y seguridad internacional: El caso haitiano*. Ministerio de Defensa, España.
20. SEITENFUS, R. (2016). “Reconstruir Haití: Entre la esperanza y el tridente imperial”. CLACSO, Santo Domingo.
21. UNITED NATIONS, DEPARTMENT OF ECONOMIC AND SOCIAL AFFAIRS, POPULATION DIVISION (2016). “International Migration Report 2015” (ST/ESA/SER.A/384).

Revisión de prensa

1. LORD, L. (2007). “A Conqueror More Lethal Than the Sword. Por Lewis Lord”. U.S. News & World Report.
2. MC ALISTER, E. y POLYNÉ, M. (2017). “Los mitos alrededor del vudú, la religión de Haití que ha sido distorsionada durante décadas”. CNN.
3. MILFORT, M. (2016). “Las responsabilidades internacionales en el hambre de Haití”. El Diario.
4. RUIZ, C. (2017). “Los 30 días de calvario de Joane Florvil”. La Tercera.

5. VEDOYA, S.(2018). “Vocero haitiano que apoyó la ‘operación retorno’ obtiene residencia express”. La Tercera.

ANEXOS

YvenetDorsainvil



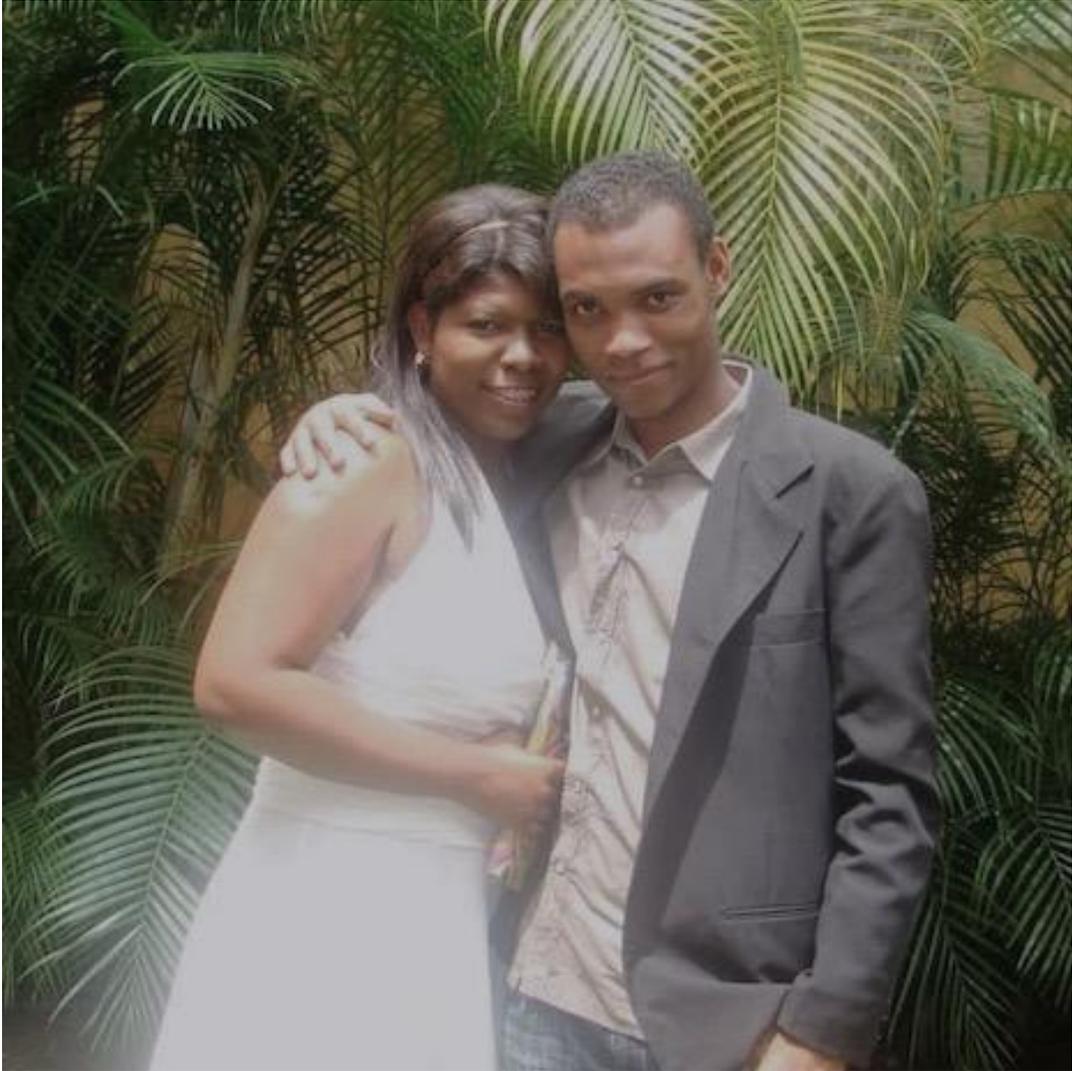
Caleb Edmond:



Ernst Jean Yngugnack



Rose Cafay



Herode Gesse





REF:

Memorista: Paula Lepe Maldonado

Profesora guía: Ximena Póo Figueroa

Santiago, 2 de enero de 2019

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria "Crónica de migrantes haitianos. Chile. ¿país de oportunidades?", de Paula Lepe Maldonado, en la categoría Crónica.

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	Perspectiva social e histórica	La crónica entendida como huella y propósito, donde las historias contadas tengan un anclaje social, político cultural.	15%
1.2	Pertinencia periodística	Relevancia y originalidad. Criterio de actualidad y de sostener relatos como un proceso.	15%
1.3	Estrategia Metodológica	Recolección de la información, fuentes, datos y antecedentes. Uso de entrevistas, diálogos, observación.	20%
1.4	Estructura	Orden narrativo, construcción del texto, estructura y ejes argumentativos; uso, de acuerdo al énfasis declarado, de recursos literarios.	20%
1.5	Presentación y estilo	Calidad de la redacción (gramática y ortografía), recursos estilísticos, estructura creativa (tipos de entramados entre partes y capítulos, por ejemplo).	20%
1.6	Recursos bibliográficos en caso de ser utilizados	Materiales y textos utilizados (referencias bibliográficas).	10%

Ítem	Nota	Valor
1.1	6,5	1,0
1.2	7,0	1,1
1.3	6,0	1,2
1.4	6,0	0,9
1.5	6,0	1,2
1.6	6,0	0,9
		6,2

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9–3.0.



COMENTARIO

La memoria que aquí se informa pertenece al género de la crónica que se articula con historias de vida en contextos históricos determinados. La memorista ha comprendido el sentido de este género híbrido y ha modulado su voz en sintonía con un punto de vista que se destaca. Tal vez por tiempo no fue posible sumar más voces (sobre todo de mujeres), pero eso también respondió a la experiencia masculina de la migración haitiana, muchas veces invisibilizada. No fue fácil conseguir las entrevistas que aquí aparecen, por lo que destaco también la tenacidad y la entrega que la memorista ha desplegado.

Es una muy buena crónica que, si se edita un poco más (estructura y estilo) y se logra contextualizar con mayor densidad –sobre todo respecto del Plan Retorno- se puede convertir en un libro, por cierto muy necesario hoy y cuya temática también comparten otros trabajos finales.

Por todo lo anterior, califico esta memoria de título con un 6,2 (seis coma dos)

Atentamente,

Ximena Póo Figueroa
Profesora Asistente



Prof. Pascale Bonnefoy
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "Crónicas de Migrantes Haitianos" de la estudiante Paula Andrea Lepe Maldonado, en la categoría Crónica Periodística.

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	Pertinencia y perspectiva	Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural)	10%
1.2	Reporteo y técnicas periodísticas	Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación	35%
1.3	Estructura	Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos	25%
1.4	Narrativa y estilo	Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad)	30%

Excelente 7.0-6.5; Muy Bueno 6.4-6.0; Bueno 5.9-5.0; Aceptable 4.9-4.0; Deficiente 3.9- 3.0

Item	Nota	Valor
	7,0	0,7
1.2	6,8	2,4
1.3	6,0	1,5
1.4	6,0	1,8
Nota Final		6,4

COMENTARIO

El texto de la estudiante Paula Lepe es un interesante trabajo narrativo, que logra plasmar con una adecuada selección de casos, las vivencias de las personas inmigrantes de nacionalidad haitiana. Comparto con la autora la necesidad de abordar esta memoria desde tres ejes sobre los cuales se podría organizar la pregunta por la discriminación: racismo, aporofobia y clasismo.

Sin embargo, a nivel de estructura, considero que hubiese sido más pertinente trabajar las crónicas desde esos campos a modo de un ejercicio coral. Los textos parciales se presentan en distintos registros –algunos más desde el testimonio individual, otros con características temáticas- lo que hace que el documento en su conjunto no cuente con una trama narrativa del todo coherente.



En el capítulo inicial, escrito a modo de informe, se sistematiza una amplia información sobre Haití. Sin embargo, quizás el momento más significativo y que explica la emigración histórica de nacionales de dicho país fue lo que ocurrió con la dictadura de Duvalier y particularmente la relación con Estados Unidos para frenar un avance de las revoluciones de izquierda en el Caribe.

Al analizar las diversas crónicas, es necesario establecer algunas precisiones. El capítulo 2 se focaliza en el aporte personal de los sujetos entrevistados, al parecer desde la pregunta por la inclusión y validación del grupo haitiano, desde la experiencia migrante. Sin embargo, considero que hay un desequilibrio al priorizar sus acciones en favor del encuentro intercultural por sobre las dimensiones biográficas.

Los capítulos 3 y 4 son – a mi juicio-, aquellos con mayor densidad periodística, y los que mejor reflejan la capacidad de la estudiante para abordar el desafío de una memoria desde un carácter narrativo. También destaco positivamente el capítulo 6, justamente porque es el que más se aproxima a la observación de las condiciones de discriminación planteadas la introducción del documento. Por otro lado, el capítulo 7, si bien relevante, tal como está planteado, entrega más elementos de contexto que aquellos propios del valor periodístico que tiene la experiencia del retorno forzado.

En síntesis, si bien las crónicas son pertinentes, su orden aparece azaroso; si no es así sería importante explicitar las decisiones editoriales que fundamentan la secuencia escogida, en el acto de defensa del documento.

Por último, el trabajo deja entrever un prolijo y sistemático ejercicio de reporteo. Lograr el nivel de confianza para que las personas haitianas contaran sus historias, sumada a la sustantiva cantidad de casos escogidos, permiten observar las competencias de la futura periodista. Espero que este aspecto sea relevado en la defensa de su memoria. Se valora positivamente la honestidad del trabajo, el adecuado tratamiento ético y la acertada priorización de las voces de los protagonistas; esto abre una puerta para continuar el ejercicio desde una profundización periodística que aborde nuevas aristas del fenómeno migratorio como las adaptaciones inter y transculturales; la deportación; la irregularidad, entre otros.

Atentamente,

José Miguel Labrín Elgueta

Santiago, 02 de Enero de 2019



Santiago, 17 enero 2019

Informe Memoria de Título : "Crónicas de Migrantes haitianos: Chile ¿país de oportunidades? de las alumna Paula Lepe, guiada por la Prof. Ximena Póo.

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	Perspectiva social e histórica	La crónica entendida como huella y propósito, donde las historias contadas tengan un anclaje social, político cultural.	15%
1.2	Pertinencia periodística	Relevancia y originalidad. Criterio de actualidad y de sostener relatos como un proceso.	15%
1.3	Estrategia Metodológica	Recolección de la información, fuentes, datos y antecedentes. Uso de entrevistas, diálogos, observación.	20%
1.4	Estructura	Orden narrativo, construcción del texto, estructura y ejes argumentativos; uso, de acuerdo al énfasis declarado, de recursos literarios.	20%
1.5	Presentación y estilo	Calidad de la redacción (gramática y ortografía), recursos estilísticos, estructura creativa (tipos de entramados entre partes y capítulos, por ejemplo).	20%
1.6	Recursos bibliográficos en caso de ser utilizados	Materiales y textos utilizados (referencias bibliográficas).	10%

Item	Nota	Valor
1.1	7,0	1,1
1.2	7,0	1,1
1.3	7,0	1,4
1.4	7,0	1,1
1.5	7,0	1,4
1.6	7,0	1,1
		7,0

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9- 3.0.

COMENTARIO



UNIVERSIDAD DE CHILE

Instituto de la Comunicación e Imagen

Escuela de Periodismo

Dirección de Pregrado

Escuela de Periodismo

Informe de Memoria

La crónica como género híbrido sostiene con gran versatilidad los relatos de este conjunto de hombres y mujeres haitianos en Chile que dan cuenta y denuncian un tema contingente y que ocupa el debate público como es la migración y su consiguiente carga de racismo y clasismo.

La investigación que recoge testimonios que constituyen un relato coral sobre el racismo, la xenofobia, la aporofobia y otras lacras presentes en la sociedad chilena, contextualiza este fenómeno migratorio con el marco histórico, político y social que origina la diáspora, y a la vez con las políticas migratorias del Estado chileno.

Construido en torno a testimonios y relatos cotidianos cuyo tratamiento periodístico refleja calidad y dominio del tema, esta memoria de título refleja no solo el compromiso ético y profesional de nuestros egresados con temas relacionados con los derechos humanos, sino también una manera distinta de aproximarse al periodismo que dialoga con otras disciplinas y áreas del conocimiento, como los estudios culturales, por ejemplo, lo que permite proyectar una realidad más compleja y con mayor densidad.

Por todo lo anteriormente expuesto, califico este trabajo de Paula Lepe con nota siete (7).

Atte

Faride Zerán
Prof. Titular